

Benigno S. Nieto

Heberto Padilla

*El poeta que engañó
a Fidel Castro*



Linden Lane Press / Colección Ensayo

Editorial Linden Lane Press / Colección Ensayo
Copyright © Benigno S. Nieto
Primera Edición, 2018
ISBN-13: 978-1726060578 - ISBN-10: 1726060578

Ilustración de portada: © Escape, de Clay-Edgar-Spohn. ©
Georgia Museum of Art, The University of Georgia, Athens,
Georgia.

Graphic Design
Diseño de cubierta y páginas interiores:
Luis G. Fresquet
www.fresquetart.com
luisgfresq@gmail.com

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
la autorización del autor.

Otros libros de Benigno S. Nieto

Poesía:

- *Un ojo de asombro*

(Premio Linden Lane de Poesía 1985)

Novela:

- *Los Paraísos Artificiales*

(publicado en EEUU y España -1997)

- *Reina de la Vida*

(publicado en EEUU y España -2000)

- *La Amante Americana*

(publicado en EEUU- 2018)

Ensayo:

- *Mahoma, el desafío permanente*

(publicado en EEUU-2017)

- *Islam and The Prophet*

(publicado en EEUU- 2017)

- *Crónica contra el Olvido*

(publicado en EEUU.- 2017)



Heberto Padilla,
por David Levine, 1983

ÍNDICE

Capítulos	Páginas
1	
Nunca más un Lord Jim	9
2	
Diabólico Padilla	17
3	
Inxilio y exilio del Poeta	23
4	
Ellos quieren que yo me suicide	31
5	
Suicido y blasfemia	37
6	
No..., pero veo a un suicida	45
7	
¿Por que me odian?	49
8	
Religión y Revolución si riman	55
9	
Duro oficio el Exilio	57
10	
Noble Padilla	59
11	
Contrabando de sellos	65
12	
Un Verdadero Amigo	71
13	
Los ingenuos genios de Lunes	77
14	
Quiero viajar y ver el mundo	83

15	Borges, Padilla y el barroco	87
16	La refriega contra Lezama	93
17	De dónde sacó ese dolor, este jodedor	97
18	Cambiar la vida por dinero	101
19	La elocuencia del poeta	105
20	Edwards no rima con Padilla	107
21	Persona non grata	109
22	Cortesianos en la Corte del Cabrón	121
23	Como un Museo de la Alegría	127
24	Una relación peligrosa	135
25	Libido y poesía	139
26	Yo la tuve en mis brazos	141
27	Morir con las botas puestas	147
28	¿Por qué ahora?	151
29	Las penurias del poeta	155
	Posdata	161

Nunca más un Lord Jim

Seguíamos sentados en el banco del parquecito, lejos de los micrófonos de la Seguridad del Estado. No recuerdo cómo fue (si lo inició él, o si fui yo), pero entramos en el tema de su “autocrítica”.

Era inevitable que habláramos de ese marzo y abril de 1971, que se tatuaron en su vida como hierro candente (*Entre marzo y abril está mi mes más cruel*, dijo él, en un hermoso poema de amor y dolor). Aquel feo espectáculo de autodenigración, convocado por Fidel Castro para demostrar a los intelectuales y al mundo que Padilla y sus seguidores se merecían el escarmiento que sufrieron. Y que su Revolución (es decir, él, Fidel Castro), era tan magnánima que les permitía redimirse confesando su *mea culpa*. El hecho que la autocrítica de Padilla y sus amigos se asemejara por su tono religioso a los aterradores *autos de fe* de la *Inquisición*, demostraba la existencia de *una religión de la revolución*. Años después lo dijo Roa Bastos, autor nada menos que de: *Yo, el Supremo*, donde se cuenta la historia real de otro tirano alucinado.

“*Un Mea Cuba*”, diría Caín (Cabrera Infante, ese gran jodedor iconoclasta.)

En fin, *la hora de la verdad* había llegado, o, más exactamente, “la hora de la sinceridad”, porque la verdad, ¿quién la conoce? En este caso se trataría de no ocultar o torcer los hechos.

Lo cierto es que Heberto tenía la costumbre de contarme cuanto pensaba o le pasaba. Estábamos unidos por un vínculo de afinidad, fraternidad, empatía y lealtad que el tiempo y la distancia nunca erosionaron. En cuanto nos veíamos, la amistad sonreía. Fue así desde los tiempos que salíamos con nuestras novias, Berta y Neisy –entonces él tenía 23 y yo 20 años–, las mismas con quienes nos casaríamos y tendríamos hijos. Recuerdo que, en 1955, los cuatro despedimos la fiesta de fin de año en un cabaret habanero (aún tengo la foto de esa noche, en el *Sans Souci*).

En el nombre de esa amistad, yo no le iba a ocultar nada, aunque lo hiriese. ¿Quería saber lo que se decía de él? Pues yo no le iba disimular el horror que provocó, en 1971, *el Caso Padilla*. A pesar de los ocho años transcurridos, aún se discutía su terrible y monstruoso significado, y le cité un libro recién publicado por Jorge Semprún.

–Jorge Semprún, en *Autobiografía de Federico Sánchez* (premio Planeta, 1977) que, más que una novela, se trata de un testimonio político demoledor que ha sacudido a España, y específicamente al Partido Comunista Español, también te mencionó...

–Sí, yo conozco a Semprún– me interrumpió con impaciencia–, ¿qué dijo?

Yo lo miré a los ojos.

–Semprún fue implacable: Dijo que tu autocrítica fue uno de los discursos más abyectos y miserables que se hayan pronunciado jamás.

Le dije, y esperé su reacción.

“¿Abyecto? murmuró él, aturdido.

Lucía como si le hubiera dado un puñetazo: la condena devastadora de Semprún lo perturbó. Estábamos en aquel parquecito, sentados en un banco, rodeados por el silencio nocturno, con el ocasional ronroneo de los escasos autos que pasaban por la avenida. Pasaron unos segundos de suspenso, mientras Heberto asimilaba el juicio devastador de Semprún –me sentí incómodo: ¿acaso había usado mezquinamente una condena ajena, a sabiendas que heriría a mi amigo? Luego pensaría que hice lo correcto, que fue preferible que se enterara por mí, que era parecido a un hermano: *Un amigo nos dice las cosas desagradables en la cara, el enemigo las dice a nuestras espaldas*–.

De súbito, Heberto reaccionó, iracundo:

–¿Y qué quería Semprún que yo hiciera?... ¡Me torturaron durante semanas, me tenían agarrado por los cojones!– gritó furioso, y se los agarró, y continuó: –Tenían a Belkis, a mi hijo y al resto de mi familia como rehenes... ¿Qué mierda quería que hiciera? ¡Dime, Benigno! ¿Qué quieren de mí?

Yo creía saber la respuesta, pero esperé unos segundos, y al fin la solté tímidamente, como quien se disculpa:

–Ellos esperan héroes...

–¡Yo no soy un héroe, nunca pretendí serlo!– gritó con furia. –¡Me repugnan los héroes!

Por un momento, me sentí apenado. Sin embargo, si algo apreciaba Heberto en mí, era “mi genuina ingenuidad”, tal cual la llamó una vez; frase que no me ofendió, y que traduje simplemente como “honestidad total”. Intenté calmarlo.

–Lo que hiciste fue necesario. Semprún es un moralista que anda por el mundo con su estatua bajo el brazo, cultiva su imagen del héroe que resistió las torturas y el campo de concentración Nazi. Lo glorioso para él, habría sido que recitaras tus poemas en la cara de los asesinos con las metralletas. Semprún es un sobreviviente de Buchenwald. No captó tu bufonada orwelliana “de que habías aprendido a amar a esos *compañeros*”, los mismos que te patearon y torturaron, y que habías sido *un mal agradecido con la Revolución, y con el propio Fidel*.

–¡Nunca quise ser un héroe!– gritó.

Hubo una pausa dramática. Y nuevamente intenté calmarlo esa noche, sentados en aquel banco, iluminados por la tenue luz de una farola.

–Lo sé, y te entiendo. Estoy contigo... En cuanto a *tu autocrítica*, yo comparto el comentario de Gabriel García Márquez: *Yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la revolución como se dice, pero su autocrítica sí se lo está haciendo, y mucho*. Si esto es verdad, tú lograste hacerle más daño a Fidel Castro, que todos los exiliados de Miami juntos.

Pero Heberto no me escuchaba, traumatizado por las palabras de Semprún, intentaba descifrar su más hondo significado. Pasó medio minuto ensimismado. Yo, esperando. Tal cual solía hacer, reaccionó con una de sus relampagueantes analogías que me tomaban por sorpresa.

—¡Nunca más un Lord Jim!— sentenció.

Lo dijo en voz alta, sin mirarme. La frase no iba dirigida a mí, ni a nadie: fue un juramento consigo mismo. Yo capté de inmediato la analogía entre *Lord Jim* y Heberto. Era un referente literario que resonó en mi mente, con todas sus terribles implicaciones. De súbito comprendí que, en el fondo de su corazón, Heberto quizá lo atormentaban las dudas, quizá la vaga inquietud de que al optar por *la autocrítica* había cometido un error atroz.

Nunca olvidé esa frase; volvería a mi mente de tiempo en tiempo: *Nunca más un Lord Jim...* “*Nunca más...* Y yo me preguntaba, si ese *nunca más* lo perturbaría a él, si lo resucitaba en sus noches de insomnio, porque *la mala memoria nunca nos abandona, nos acompaña con los recuerdos de los ratos amables y felices, agazapada*, semejante a un alma en pena encerrada en un closet.

Aclaremos, para quienes no lo conocen, que *Lord Jim*, el personaje de la famosa novela homónima de Joseph Conrad, fue el joven oficial inglés que, en un momento de trágico caos y en medio de una tormenta horrible y con la nave haciendo aguas, pero no sin

antes de resistirse a abandonar un barco que se hundía con sus pasajeros, al fin se dejó arrastrar por su Capitán, que lo apremiaba para que se salvara con los otros oficiales, y saltara al bote salvavidas...

Y al fin *Lord Jim* lo abordó y escapó cobardemente con los otros tripulantes que se alejaron de la nave haciendo aguas, abandonando a su suerte a los 800 peregrinos que iban de pasajeros. Un acto abominable del que luego se avergonzaría: "como si lo estuvieran friendo en aceite". Peor aún, le dolería la oportunidad perdida que tuvo de convertirse en un héroe -al cabo, la vieja nave no se hundió, y los 800 peregrinos se salvaron. *Lord Jim*, un joven oficial apuesto y de anchas espaldas, se sentía con ansias de protagonizar actos heroicos, tal cual los emprendería más tarde en esa novela de Conrad. Actúo igual que un cobarde sin serlo, en un momento de debilidad en medio del tumultuoso caos de un naufragio inminente.

Por supuesto, la situación de Heberto fue infinitamente más compleja. No solo se enfrentaba a la poderosa Seguridad del Estado y a Fidel Castro, sino a un poder moral: al credo intelectual de nuestro siglo XX: *la esperanza de un socialismo humanista que hermanaría a todos los hombres.*

En las décadas de los sesenta y setenta, denunciar a la Sacrosanta Revolución Cubana como una farsa, se erigía en una blasfemia contra *la esperanza.*

Jean P. Sartre, el filósofo más respetado de nuestra juventud, le dijo a Padilla en Moscú: *La Revolución*

cubana es más importante de lo que ustedes puedan imaginar...

(¡Ah, he recordado a Sartre!, el Dios intelectual de los tiempos del Credo, leído como un oráculo por los escritores del mundo. Sartre viajó a Cuba a bendecir la Revolución, y le hizo aquella pregunta “genial” –o idiota– a Fidel Castro: ¿Qué haría usted si el pueblo le pidiera la luna? Jean P. Sartre renegó del existencialismo y la filosofía, por el comunismo ruso; abdicó su libertad en el altar del Credo. ¿Quién se acuerdo hoy de Sartre? ¿Quién lo lee?)

En fin, el intelectual que se atreviese, *entonces*, a denunciar ese “alto sueño”, se convertía automáticamente en un reaccionario, y en agente instrumental de la CIA. Por esta razón, el siglo XX sería el reinado de esa gran mentira emblemática, y el sepulturero final de la utopía marxista.

Padilla lo dijo mejor en un poema:

“Los alquimistas”

*Ellos cogieron una idea / una formulación rabiosa
de la vida / y la hicieron girar / como a la bola del astrólogo;
/ miles de manos desolladas, haciéndola girar,
/ como una puta vuelta a violar / entre los hombres, /
pero ya de la idea / sólo quedaba su enemigo.*

Sobre el “caso Padilla” lo más significativo fueron sus consecuencias políticas y culturales. Al exagerar su “auto degradación” hasta el extremo de hacer

su arrepentimiento inverosímil, envió un mensaje en clave de referentes orwellianos a los intelectuales del mundo, sobre la verdadera naturaleza opresiva de la Revolución Cubana. La reacción de los intelectuales fue de perplejidad y de horror.

Insisto: Padilla envenenó sutilmente su autocrítica, engañando a Fidel Castro y a la Seguridad del Estado. La confesión de culpa planificada por Fidel, para justificar el encarcelamiento del poeta, la transformó con su bufonada genial en el evento cultural más importante e influyente de la cultura hispanoamericana y cubana de esa época. Y a su *Fuera del Juego*, en el poemario más famoso y leído.

El poeta quedó herido, pero el daño que le hizo a Fidel Castro fue inconmensurable.

Diabólico Padilla

En tanto, en el parquecito, los dos guardamos silencio unos segundos. Creo que no volvimos a tocar aquel tema esa noche, ni en años. El significado de su analogía era tan obvio, que no necesitaba ni comentarios, ni razonamientos. Agobiado por una trágica lucidez, Padilla se arrepintió de *su autocrítica*, al menos en aquella noche. Por más que él había convertido su *mea culpa* en un malabarismo, exagerando grotescamente su servilismo, para lanzarlo como *un boomerang* en clave orwelliana que regresaría a golpear a sus verdugos.

Esto no lo percibió Jorge Semprún.

Esa noche comprendí que Padilla, el poeta que se habría dejado despedazar por unos versos, había salido mortalmente herido de esa batalla en la cual derrotó al mismísimo Fidel Castro, maestro en la guerrilla, con una astuta emboscada de arrepentimientos y elogios envenenados. A fines de la década de los '90, el ministro de cultura cubano, Abel Prieto, reconoció en una entrevista, en *Cuba Internacional* que Padilla se había burlado de la Seguridad del Estado, y que un hecho como aquel jamás se volvería a repetir en Cuba. Es apropiado recordar que Padilla solía decir —y lo ratificó en sus *Memorias*)—: “contra los asesinos

con las metralletas, sus armas serían la astucia y la inteligencia”.

Por otra parte, yo tenía mis dudas. Y si Heberto hubiese elegido resistir, ¿acaso no se habría convertido, encerrado por años en una cárcel, en un héroe simbólico de la humanidad, como Mandela? Es verdad que otros intelectuales habían sufrido años de cárcel, o la muerte, pero no de su estatura poética. Padilla no poseía una visión personal del porvenir, no tenía vocación de héroe, no profesaba ninguna convicción política para un sacrificio de esa magnitud, que incluiría a Belkis, sus hijos y su familia. Era básicamente un pesimista lúcido, y un incrédulo de las ideologías; su pesimismo respecto a las democracias capitalistas, lo expresó a su manera satírica, en un poema lapidario:

VIA CONDOTI

“Aquí / donde Blasfemia y Oración / negocian / con el chulo y la prostituta / yo —que pensé comprarme / gafas ahumadas para el verano— tendré que conseguir / uno de esos triciclos de colores / que abundan en las ferias / para pasar delante de las nuevas beatas / impaciente / y desnudo / como un cristo veloz.”

Heberto Padilla no fue un *Lord Jim*, sino más bien un *Galileo clarividente* que dinamitó con sus poemas el credo científico consagrado por el espíritu de los tiempos (el grotesco *Zeitgeist* hegeliano): el marxismo

no libera a los pueblos, por el contrario, los somete a una esclavitud sin esperanzas.

A pesar de las miles de páginas escritas sobre el caso *Padilla* (la revista española Índice le dedicó un número completo), poco se ha hablado del efecto traumático en el poeta. Padilla nunca se recuperaría de aquel acto teatral donde lo forzaron a representar *su autodegradación*, antes previamente ensayada y al final filmada delante de las cámaras, por la *Seguridad del Estado*, no solo frente a sus amigos y compañeros, todos ellos aterrados miembros de la UNEAC, sino también frente a todos los espectadores y amigos del universo intelectual. Un acto bochornoso que resquebrajó “la fe” en la Revolución Cubana. En el poeta aquel acto no se desvaneció, perduraría lacerante en lo más profundo de su ser.

Hubo otros daños colaterales: me refiero a la decepción que *su autocrítica* provocó entre los jóvenes escritores, artistas y poetas cubanos marginados por el castrismo, para quienes Padilla se había erigido en un héroe de la poesía y la libertad.

Esos *seguidores de Padilla*, de los que lo acusó la Seguridad, sí existieron, sin duda alentados por sus valientes poemas. Por esta razón los interrogadores de la Seguridad lo amenazaron con destruirlo: “Hoy tú representas una tendencia peligrosísima en el país y hay que destruirla.”

En los años noventa, en Caracas, un joven pintor y poeta (L), me contó cómo los afectó a ellos:

-Fue una decepción horrenda, teníamos a Padilla como nuestro héroe. Sus poemas iban de boca en boca, lo recitábamos como un desafío a la policía de Fidel, y hasta los cantábamos. Yo vi a Padilla meses después en Marianao, caminado solo por la acera, el poeta lucía abrumado, era la imagen viviente de la desolación, y lo que sentí fue pena por él.... Lo que le hicieron fue inhumano.

José Abreu cuenta que él se aprendió *Fuera del Juego* completo y lo recitaba de memoria. Como no se conseguía el libro impreso, los jóvenes hacían copias manuscritas para sus amigos.

Lo cierto es que, a pesar de la represión y la vigilancia, existía una cultura disidente subterránea entre los jóvenes poetas, alentada en parte por los poemas de Padilla, y, aunque no estuviera consciente, él se había convertido en una leyenda.

Nunca más un Lord Jim, se juró Padilla. En las dos ocasiones que yo visité a Cuba, antes de que lo dejaran salir, su conducta desafiante en sitios públicos (hoteles de turistas y restaurantes), me preocupó: En el Hotel Capri se coló en el ascensor para subir al restaurante reservado para los extranjeros, fingiendo que me hablaba en ruso. Era como si retara a la Seguridad del Estado a que lo volvieran a encarcelar, para demostrarles que nunca más sería humillado. Sí antes había sido un crítico de la Revolución de Fidel, ahora era su declarado enemigo.

Padilla nunca más volvería a ser él mismo hombre.

El poeta sangraba. Después de semanas en el infierno de la tortura y los agotadores interrogatorios, encerrado en el calabozo tapiado de la Seguridad, horas y horas defendiéndose de acusaciones falsas, al fin lo obligaron a renegar de su página querida. Exhausto y enfermo físicamente, terminó por pactar con los esbirros de Fidel.

Como escribió Octavio Paz: *el régimen cubano, para limpiar la reputación de sus dirigentes obligó a uno de sus críticos a declararse cómplice de abyectos y, al final de cuentas, insignificantes enredos políticos-literarios...* Además, Octavio Paz nos alertó sobre: *el perturbador e inquietante tono religioso de las confesiones. Por la visto, la auto-divinización de los Jefes exige, como contrapartida, la auto-humillación de los incrédulos.*

Sin embargo, el poeta y el escritor de deslumbrantes síntesis, el juglar que viajaba por el mundo *con un ojo de cristal, y otro que se disputan el niño y el profeta*, no falleció, como sentenció Jorge Semprún. En su inconsciente se instalaría una oculta amargura que aguzó su lucidez.

Esa amargura la transformaría en su voz poética más emblemática, más desnuda, iluminada por una agudeza desgarradora y a la vez serenamente contemplativa. *Por su jardín* desfilarían los clásicos, y los grandes de la poesía lo acompañarían en sus versos. Su poesía se agigantó en su amarga lucidez, "sin desterrar su fe en el hombre ni el poder liberador de la poesía".

Como otros genios, Heberto asumiría múltiples máscaras contradictorias: la del noble poeta, la del diabólico poeta. A ratos sería como aquel *Lord Byron* que él retrató en un poema:

.... *El espejo ovalado del cuarto / deformaba ante muchos su rostro verdadero: / huraño, zafio y cruel. / Debió ser como un nudo / en la madera de sus contemporáneos, / un pedazo discontinuo y grosero / y sin embargo hecho del mismo material.*

¿Cuál sería el más auténtico Padilla? ¿Cuál de sus poemas reflejaba su verdadero rostro? ¿Cuál el noble, cuál el diabólico? En su poema *Autorretrato del otro*, su máscara sería la de ese juglar desafiante y altivo que se cruza con nosotros en la calle con la frente en alto, y nos desafía a que lo dejemos caminar en paz, sin ataduras, en su jardín de metáforas incandescentes.

*Ábranme paso
sin saludarme, por favor.
Sin hablarme.
Échense a un lado si me ven.*

Inxilio y exilio del Poeta

Después de 16 años de exilio, en 1979, volví a La Habana, la ciudad de mi juventud. Entre otras sorpresas, la más inesperada fue que un amigo condenado al ostracismo, Heberto Padilla, me pidió que lo ayudara a huir de la opresión en que vivía.

Pero empecemos por el principio: cuando llegué a mi patria después de largos años de ausencia, contemplé con ojos perplejos al país en ruinas y a los cubanos en la miseria. Es difícil describir el impacto confuso de mi alegría, de tristeza, de júbilo y de melancolía. Extraña mezcla de emociones nos asaltan cuando volvemos, tras años de ausencia, a los escenarios de nuestra adolescencia y juventud.

Me preguntaba: ¿Era éste el paraíso que prometió Fidel? ¿Odio, pobreza, guerras y fanatismo? Sentí mi corazón oprimido porque tuve la certeza súbita de que todo lo que Fidel estaba realizando o haciendo en mi país no solo era mezquino y cruel, sino innecesariamente inútil y estúpido.

¿Estos infelices son los hombres del futuro que nos auguró la Revolución? Daban más bien pena verlos aglomerados a la salida del aeropuerto con sus ojos pasmados de asombro, al vernos regresar a no-

sotros, los gusanos condenados: *a no volver a pisar jamás el suelo sagrado de la Patria* –palabra de Fidel. O los gestos de rencor de los funcionarios con sus uniformes verde oliva ruso, que por ahora nos atendían perplejos, y en unos pocos meses empezarían a abusar y maltratar al visitante del exilio.

A lo largo de mi emotivo trayecto desde Rancho Boyeros (el pueblo donde yo estudié tres años), al Hotel Capri, en el Vedado, contemplé el bello paisaje cubano decorado con vallas y muros con el ominoso: *Patria o Muerte, Hasta la Victoria Siempre*, y otras con un miliciano saludando: ¡Comandante en Jefe, ordene!. Vallas destinadas a crear esa atmósfera de país a punto de ser invadido por *el enemigo*. Esa mentira institucionalizada y eternizada, metida como mojones en sus cerebritos.

Sin embargo, los únicos enemigos que invadíamos esa Isla éramos nosotros, “los gusanos del exilio” que volvíamos razonablemente prósperos y libres, no con armas, sino cargados de dólares para salvar de la miseria y del hambre a nuestras familias, y de paso dejarle decenas de millones de dólares a la mafia verde olivo que había hundido a Cuba en la escasez y la bancarrota (el impacto de nuestra presencia como triunfadores, quebró la sumisión a la mentira, y desde entonces se tornaron masivas las ansias de huir de la miseria del castrismo).

Pero olvidemos este drama (ya di mi testimonio en *25 Años de Viajes y Remesas*).

• Tenía pasaje en avión para volar al día siguiente a Santiago de Cuba, a ver a mi madre y al resto de la familia. Así que, sin perder tiempo, aquella misma noche fui a visitar al amigo que más me interesaba en La Habana: a Heberto Padilla. Viajé en taxi hasta su pequeño apartamento, por la antigua Avenida Columbia, en Marianao. El propio Heberto me abrió la puerta. En cuanto me vio levantó las cejas y abrió los brazos con su gesto característico de bienvenida, y nos abrazamos.

Luego te saludé a ti, Belkis, y tus ojazos negros me sonrieron. Y conocí al pequeño Ernesto, el hijo de seis años que tuviste con Heberto. Y a María Josefina, la hija de tu primer matrimonio. Empezamos a charlar excitados por nuestro improbable reencuentro; pero pronto sentí la sensación de un suspenso cauteloso, como si otros oídos nos escucharan. A los pocos minutos Heberto hizo un gesto cómplice de advertencia hacia el techo, para recordarme los micrófonos con que la Seguridad grababa nuestras voces, señaló la puerta, y me invitó:

—Vamos a dar una vuelta, para estirar las piernas.

Y los dos salimos, no sin que antes Ernesto (de niño era el vivo retrato de su padre), formara una bronca para llamar mi atención. Nada de raro; de niño su padre fue también temperamental, fantasioso e intenso, según me contó su hermana Martha. Fue así como Padilla y yo caminamos por primera vez

hasta aquel parquecito en forma de cuña, junto a la Avenida 31, y nos sentamos en un banco.

–El apartamento está lleno de micrófonos, Belkis cree que pusieron uno hasta en el inodoro– dijo con resignada sorna. –Además, debo informarles si algún extranjero intenta comunicarse conmigo, o visitarme. Pero aquí podemos hablar tranquilos. Y no te preocupes. Si *ellos* me interrogan, les diré que eres un amigo sin filiación política que vive desde hace años en Venezuela.

–¡Que mierdolina!– comenté yo.

Heberto se encogió de hombros.

Esa noche conversamos entre párrafos y dramáticos silencios, como avezados conspiradores. No nos veíamos desde hacía catorce años, en 1965, cuando coincidimos por dos meses en Madrid, en circunstancias totalmente distintas.

Lo primero, y lo más dramático: Heberto me pidió que lo ayudara salir de Cuba: “Este es el momento justo, ¿hasta cuándo este capricho vengativo de negarme la salida a mi familia y a mí?”

Recuerdo que intenté una respuesta:

–Tú encarnas un desafío: tus poemas de *Fuera del Juego* alentaban la rebeldía y se erigieron en una blasfemia ideológica. Fidel temía que los jóvenes se contagiaran. Temía que en Cuba se repitieran movimientos parecidos a *La Primavera de Praga*. O que tu salida reviviera el escándalo del “caso Padilla”, que ya suficiente daño le hizo.

Heberto hizo una mueca positiva.

—Si salgo, no pienso aislarme y quedarme callado, estaré activo contra este Canalla en todos los foros, medios, países, universidades, adonde vaya o me inviten— dijo con determinación.

Me extrañó oírle expresarse así. A pesar de que había ejercido cargos importantes de alto nivel en el Gobierno, nunca le apasionó la política (a los jóvenes del Caimán Barbudo, por su intransigencia ideológica, los llamaba *los nuevos seminaristas*), y el fanatismo del militante le repugnaba. Sin embargo, me agradó verlo con ánimos de lucha. En cuanto a que lo dejaran salir, le expresé mis dudas.

—Tú eres un preso de Fidel. Su capital más valioso ha sido esa imagen de un socialismo humanista que vendió al mundo, y de la que ha gozado gracias al respaldo entusiasta de los intelectuales y artistas. Tú le arruinaste esa foto, y él mostró su verdadera cara de tirano. ¿Te parece poco?

Y me contestó que los intelectuales no conocían la realidad de Cuba, o peor aún: no les interesaba, les basta con la idea de un socialismo tropical. Y les daba diarrea que les colgaran la etiqueta de agentes de la CIA, o de asalariados de la burguesía y el imperialismo. Y perder su santa silla en la mesa redonda de la Superioridad Moral.

¿Cómo podían justificar que Fidel defendiera la invasión de los tanques rusos, en Checoslovaquia? No entendieron que en la lucha por el poder a Fidel

Castro no le interesan los principios morales, sino las alianzas para conservarlo. En 1968, él necesitaba de Rusia para sobrevivir.

Pero fue tu encarcelamiento y tu *autocrítica*, lo que rebasó el límite de la decencia y de lo tolerable. ¿Cómo justificar aquel acto de autodegradación de jóvenes intelectuales de izquierda, que se confesaron culpables del delito de criticar y cuestionar? De lejos lucía alucinante y ridículo. Y los revolucionarios de los Cafés de París aprovecharon para distanciarse de Cuba. Sin la máscara humanista, la Revolución de Fidel no era más que otra tiranía comunista extravagante, como la de Albania, o la Rumania delirante de Ceausescu. ¿Y qué le importaba al *Comandante en Jefe* la solidaridad de esos escritores revolucionarios de los Cafés de París?

Más o menos, éstas fueron mis palabras, y él las escuchó impaciente, harto de tanta Historia, poseído solo por la ansiedad de escapar.

—Todo esto da asco. La política lo contamina todo. ¿Te das cuenta? Este narcisista se ha adueñado de nuestras vidas. Aun cuando evitamos nombrarlo, él es nuestra obsesión. Él nos manipula. Todos giramos como marionetas en torno a *sus caprichos*. Hasta en sueños, se aparece y me habla. Todo esto es enfermizo. ¡Yo no aguanto más, no aguanto, lo único que pido es irme lejos, cojones!

Sonreí. Al fin Heberto había explotado no con la sutileza del poeta, sino como un cubano común.

–Tienes razón: ya pasaron más de ocho años. En fin, ¿me pides que, en tu nombre, yo haga todas las gestiones posibles para sacarte de Cuba?

–Exactamente.

–Con gusto lo haré. Además será divertido ver cómo reaccionan en Caracas con tu mensaje. ¿Debo llevar algún documento, alguna carta tuya? ¿Quieres que hable con alguien en particular?

Heberto no lo creyó conveniente. Una carta, si la decomisaban, sería una figura de delito. “Podrían detenerte e interrogarte una semana en Villa Marista –la sede de la Seguridad del Estado, antes un colegio católico–, sólo para intimidarte”. Y añadió:

–Habla con quienes tú creas que puedan ayudarme. Cuéntales la asfixia, la vigilancia, el ostracismo aplastante en que vivo.

–Eso dudo que lo entiendan. Pero no te preocupes, iré de puerta en puerta como “¡un misionero de tu libertad!”– añadí en broma al tiempo que levanté la mano, imitando un juramento.

Y logré mi propósito: verlo sonreír.

Ellos quieren que yo me suicide

Querrida Belkis, que yo sepa, Teodoro Petkoff no tuvo que ver directamente con la proyectada resolución de Congreso de Venezuela que exigía la libertad inmediata de Heberto Padilla. En esos años de 1979-80, Petkoff aún militaba en la izquierda radical, su deriva moderada hacia el centro no se produciría hasta mediados de los ochenta. Pero es posible que Petkoff estuviera dispuesto a firmarla, o que suscribiera la moción.

Según me informó Juan Liscano, la moción solicitando el permiso de salida humanitaria del poeta Padilla al Gobierno Cubano iba a ser aprobada por una amplia mayoría. Según entendí, le ofrecían incluso acogerlo en Venezuela. En fin, el verdadero promotor de la moción fue el poeta Juan Liscano, ex director del Consejo Nacional de Cultura (CONAC), y en aquel momento Director de *Monte Ávila Editores*, la gran editorial del Estado. Además de fundador de la revista *Zona Franca*, y otras revistas culturales, incluso del suplemento *Papel Literario* (en 1943) del periódico *El Nacional*, a Juan Liscano se le consideraba en Venezuela, justamente, un poeta y un intelectual a la altura de Octavio Paz. Si mal no recuerdo, creo que también fue diputado al Congreso.

Pero contémoslo cronológicamente.

En cuanto regresé a Caracas, en aquel año de 1979, empecé a contactar a los intelectuales venezolanos que yo consideraba, por su prestigio, más influyentes. Tenía la misión de transmitirle el mensaje: el poeta Heberto Padilla pedía desesperadamente que lo ayudaran a salir al exilio. Sin embargo, mis gestiones no iban bien.

Recuerdo que llamé de primero al consagrado novelista Miguel Otero Silva, propietario y director además del periódico más importante de Venezuela, *El Nacional*. No pude hablar con Otero Silva, me contestó una secretaria que me pidió mi teléfono y dijo que le transmitiría el mensaje. Otero Silva nunca me llamó, ni hizo nada por Padilla. Casi simultáneamente había telefoneado a Salvador Garmendia y a Adriano González León, los dos *Premios Nacional de Literatura*, novelistas jóvenes e intelectuales influyentes. A ambos los había conocido fugazmente. Solo pude dejarles recados, pero tampoco me devolvieron la llamada telefónica.

De repente comprendí que estaba cometiendo un error: *el Caso Padilla* aún era como una espina en la garganta de la izquierda latinoamericana. Esos intelectuales preferían mantener una buena relación con La Habana (1979-1980), por entonces el epicentro cultural más influyente de la izquierda. Fidel había transformado a Cuba, en los sesenta y setenta, en la capital de la revolución latinoamericana y en el centro

ideológico y logístico de todas las conspiraciones y movimientos subversivos en el continente.

Fue entonces que decidí probar con Juan Liscano, un intelectual más al centro, que inmediatamente me citó a sus oficinas en *Monte Ávila Editores*. Me recibió muy calurosamente y escuchó indignado los detalles del ostracismo vigilado en que vivía Padilla, que no podía publicar ni siquiera una traducción. Juan Liscano resultó ser un intelectual sencillo y cálido, conocía “el caso” y admiraba la poesía de Heberto. Se movilizó con eficacia, como si defendiese a un familiar suyo. Liscano fue el principal promotor de “aquella moción de libertad para el poeta Padilla”, en el Congreso de Venezuela.

En eso llamaste tú, desde los EE.UU., para parar la casi aprobada moción pidiendo al gobierno cubano la liberación humanitaria de Heberto. Según me explicaste, Fidel dios ya había prometido acceder a la salida del poeta, y García Márquez, que actuaba como intermediario desde México, ponía como condición que se parara la moción del congreso venezolano. Eso demostraba la importancia política de esa moción para el desprestigio de Fidel.

Por cierto, cuando volví por segunda vez a Cuba en 1980 y le conté a Heberto que tú habías mandado a parar la moción, se puso furioso contigo. Según él, debía mantenerse la máxima presión sobre Fidel. Hablaba desde la desesperación. La soledad, sin tu apoyo y compañía, lo resquebrajó. Sé que, durante

aquellos tiempos difíciles tú y él estuvieron más com-
penetrados que nunca, en el espíritu y en la carne (él
mismo me lo confesó): la tensión del terror cotidiano
la descargaban en la comunión gloriosa en la que sus
cuerpos ardían (él lo diría en versos... *Puse tus ojos
y tus labios abiertos / debajo de los míos / y caímos
cantando / Y yo / el escueto y lógico / te grité: / fuego
mío / bruñido por la vida / laurel invulnerable... / ascua
feliz /... ¡Muslos y vulvas inmortales!...*)

La compenetración sentimental y poética fue tal,
que le pidió a Belkis que le escribiera aquel capítulo
“*En mi jardín pastan los héroes*”, donde el personaje
femenino nos revela sus miedos y lágrimas, incluso
recrimina al personaje masculino: *todo lo que haces
tiene que ser genial y deslumbrante. Estás enfermo.*
Cuando me lo confesó, le pregunté, extrañado:

—¿Por qué hiciste eso?

Y él me contestó:

—¿Cómo podría yo saber, exactamente, lo que
siente y piensa una cabeza de mujer? Podía haberlo
imaginado, pero seguramente lo habría falsificado—,
se excusó Heberto, mostrando así su preocupación
por describir a su personaje femenino con la mayor
autenticidad posible.

En fin, ¿cómo resistir años, vigilado, aislado y en-
claustrado, sin enloquecer? Belkis fue su confidente
fiel, su cómplice apasionada y su escudo contra las
intrigas, el ostracismo, y los espías de la policía que
los acosaban como buitres.

aquellos tiempos difíciles tú y él estuvieron más com-
penetrados que nunca, en el espíritu y en la carne (él
mismo me lo confesó): la tensión del terror cotidiano
la descargaban en la comunión gloriosa en la que sus
cuerpos ardían (él lo diría en versos... *Puse tus ojos
y tus labios abiertos / debajo de los míos / y caímos
cantando / Y yo / el escueto y lógico / te grité: / fuego
mío / bruñido por la vida / laurel invulnerable... / ascua
feliz /... ¡Muslos y vulvas inmortales!...*)

La compenetración sentimental y poética fue tal,
que le pidió a Belkis que le escribiera aquel capítulo
“*En mi jardín pastan los héroes*”, donde el personaje
femenino nos revela sus miedos y lágrimas, incluso
reclama al personaje masculino: *todo lo que haces
tiene que ser genial y deslumbrante. Estás enfermo.*
Cuando me lo confesó, le pregunté, extrañado:

—¿Por qué hiciste eso?

Y él me contestó:

—¿Cómo podría yo saber, exactamente, lo que
siente y piensa una cabeza de mujer? Podía haberlo
imaginado, pero seguramente lo habría falsificado—,
se excusó Heberto, mostrando así su preocupación
por describir a su personaje femenino con la mayor
autenticidad posible.

En fin, ¿cómo resistir años, vigilado, aislado y en-
claustrado, sin enloquecer? Belkis fue su confidente
fiel, su cómplice apasionada y su escudo contra las
intrigas, el ostracismo, y los espías de la policía que
los acosaban como buitres.

Cuando tú saliste al exilio con Ernesto, el hijo de ambos de seis años, Heberto debió sentir la paz de saberlos a salvo y tenía la esperanza de reunirse pronto con ustedes –previamente había salido por España, su primera esposa, Berta, junto con sus tres hijos: Gisselle, María y Carlos–. Pero pasaron meses, y la soledad y tu ausencia lo quebrantaron.

Es comprensible que cayera en la paranoia. ¿Le permitiría Fidel escapar de su isla-cárcel? Conocedor de su arrogancia y su ego vengativo, creyó que Fidel nunca le perdonaría aquella confesión (1971), con la que pretendía humillarlo, la convirtiera en una burla orwelliana, y se la pasara bajo sus narices y las de la Seguridad del Estado. ¿Cómo pudo caer la Seguridad en semejante trampa? ¡Ah, es fácil de explicar: los libros de Orwell no se leían ni se conocían en Cuba, estaban prohibidos por la censura!

Suicidio y blasfemia

En mi segundo viaje (1980), encontré a un Heberto frustrado por la espera. Por eso me preocupé cuando él me informó, bajando la voz como un conspirador, que estaba planeando huir en un bote con dos amigos –uno de ellos era pescador–. El bote saldría desde la playa de Jaimanitas –recordemos que entonces la condena por el delito de intentar escapar en un bote de la Isla, se castigaba con ocho años de cárcel. Y se reportaron casos en que ametrallaron a los fugitivos en el mar, como *escarmiento* (recuerden la infamia del hundimiento el remolcador 13 de Marzo, dejando 41 muertos, incluyendo 10 niños, poco más de una década después.)

Estábamos sentados todavía en aquel parquecito solitario, cercano al apartamento donde vivía, huyendo de los micrófonos, y casi pegué un brinco cuando me lo contó. Pensé que eso era precisamente lo que anhelaba la Seguridad del Estado: atraparlo cometiendo un delito concreto.

–¿Estás loco? ¡Si te agarran, te meten preso!

–¡Me importa un cojón!

Era raro oírlo diciendo palabrotas. Y me alarmé.

–¡Eso es un disparate, y lo complicaría todo! ¿No te das cuenta de que puedes echar a perder las ges-

tiones que Belkis, tu familia en España y tus amigos han hecho?— lo regañé. —Tienes que tener paciencia. Belkis estaba muy optimista.

Heberto miró a su alrededor como un animal acorralado, en busca de algún enemigo o espía oculto en la penumbra, detrás de un árbol, en esa dramática noche de confidencias. Su paranoia estaba más que justificada porque después de la salida de Belkis, la vigilancia, la presión y el acoso se habían duplicado. Y de súbito, en tono siniestro, como quien revela un secreto, me dijo:

—Ellos quieren que yo me suicide...— sus ojos míopes giraron detrás de sus lentes, calló unos segundos, y reaccionó con un gesto de determinación consigo mismo: *—¡Pero se van a joder conmigo! ¡Yo no me voy a suicidar!*

“Dios mío, lo están enloqueciendo”, pensé.

¿Era el suicidio la tragedia oculta que atormentaba su mente, o mi memoria la contamina? ¿Cómo olvidar la gravedad de aquellas palabras?

Ellos quieren que yo me suicide.

Quedé impresionado. Heberto vivía la peor de las paranoias, no la enfermedad de las persecuciones imaginarias, sino la que se materializa en episodios de persecución policial real, cuando la Seguridad del Estado vigila omnipresente todos tus actos, y durante las noches en tu propia cama sus ojos te acosan debajo de tu párpado insomne.

Hoy, tantos años después, la lejanía me permitió

reconstruir con serenidad el infierno que vivió el poeta Heberto, perseguido y vigilado el resto de su vida. La paranoia penetró en lo más hondo de su ser, lo fue corroyendo lentamente, lo desfiguró hasta no identificar cuál de sus "yo" era el verdadero: su *Yo*, o *los otros yo* que fingió ser, que colocaron en sus labios palabras que nunca fueron suyas. ¿O serían esas ganas, que a veces tiene el hombre de gritar?

Desquiciado por el terror cotidiano, su *ser* fue sustituido por *la otra imagen*: esa percepción errónea que tienen de ti: "la de un cobarde". Que es como una maldita etiqueta. Te embarga una amargura sin consuelo, porque te han colocado en la casilla equivocada, adonde caíste empujado por el poder aplastante de la Historia y de tu historia, y ya nada de lo que hagas podrá cambiar lo que el mundo opina. Y estás condenado a esa imagen.

¿Sería posible que se suicidara? Quizás la pregunta correcta sería. ¿Por qué Padilla no se suicidó? Yo respondería con un lugar común: Por su pasión enorme hacia la vida y la poesía.

En aquel instante y pese a su negativa, deduje que Heberto sí había considerado el suicidio; estaba harto de vivir vigilado, harto del asedio constante, todo diseñado minuciosamente. Lo creí capaz de atentar contra su vida. Pienso que, de no haber salido de Cuba, quizás hubiese terminado suicidándose. Tan deprimido estuvo, que *en los últimos meses perdió hasta la facultad de escribir, y de firmar*, nos contaría

Carlos Verdecia en su libro. En aquellas condiciones, acuciado por los espías, no tendría nada de extraño que pensara en la solución final.

Existe además otro detalle revelador. En sus *Memorias* Padilla nos cuenta que, antes de dejarlo salir de Cuba, Fidel se entrevistó personalmente con él durante una hora –¡ah, los tiranos aman a sus víctimas célebres!–. Y entre otras cosas, con su brutal cinismo, Fidel le espetó en la cara:

–Tu amigo Alberto Mora terminó pegándose un tiro, pero tú prefieres huir...

Repitamos otra vez lo que Fidel le dijo:

“Tu amigo Alberto Mora terminó pegándose un tiro, pero tu prefieres huir...”

¿No sugiere este sarcasmo cruel de Fidel, que ellos sí deseaban que Padilla se suicidara? Un acto simple y expedito, que los hubiera librado de un enemigo incómodo. Tal cual sucedió con el Comandante Alberto Mora, ex miembro del Gabinete Económico, ex Ministro de Comercio Exterior, amigo íntimo del poeta, que cayó en desgracia con Fidel, y estuvo a punto de ser encarcelado. Al final fue enviado a un plan agrícola (1971) como castigo por haber defendido al poeta, y finalmente Alberto Mora se pegó un tiro unos meses más tarde.

Los escritores que viven en las democracias capitalistas, donde el Estado ignora soberanamente a sus poetas y escritores, podrían ver como positiva la preocupación y la relevancia que tiranos comunistas,

como Stalin o Fidel, les otorgaban a "sus escritores y a sus poetas célebres". No perciben que la ideología totalitaria que deifica a estos Profetas de la Historia se basa precisamente en su poder absoluto y, para mantenerlo, necesitan el absoluto control del pensamiento. Para ellos, la cultura, los intelectuales y las artes son instrumentos de propaganda al servicio de su régimen. Ellos necesitan de la fe monolítica de sus súbditos, para legitimar el poder vitalicio y los sacrificios que les exigen.

Al revés de Fidel, Stalin era sensible a la poesía, y de joven escribió sus poemas en georgiano, su idioma natal. Si Boris Pasternak se salvó, fue gracias a que Stalin admiraba sus poemas y sus traducciones al ruso de los poetas georgianos.

-No toquen a ese ángel-, le ordenó Stalin a la siniestra NKVD, en tiempos de sus purgas asesinas (CHEKA, NKVD, KGB, máquinas de matar rusa que cambian de nombres, encharcadas por tanta sangre). Igualmente el terror pendía en el aire sobre todos los rusos, y la cabeza de aguilucho de Pasternak no era la excepción.

Cuando Mandelstam escribió su famoso epigrama contra Stalin (1933), que le costaría la vida, y se lo mostró a Boris Pasternak, la reacción de éste fue de pavor. Se lo devolvió a Mandelstam y lo reprendió: *Usted no me ha mostrado este papel, y yo nunca lo he leído*. Stalin llamaría a Pasternak por teléfono

(¡imaginen el susto del autor de Dr. Zhivago!), para preguntarle qué opinaba de Mandelstam; pero el cauto Pasternak le respondió con suma prudencia, y así salvó su vida. ¿Fue por eso un cobarde? –*Contra los asesinos con la metralleta, la inteligencia y la astucia*, repetía Padilla–.

Sobre estas relaciones espinosas entre el Estado y los intelectuales, Padilla dijo: *el ataque es siempre mayor contra un escritor del mundo comunista, porque la gente quiere creer..., la gente no quiere recibir malas noticias de la esperanza...*

Y en un artículo sobre *Los novelistas*:

La irreverencia –que es la madrastra secular del arte– ha sido prácticamente desterrada de la literatura en los países socialistas. Pero como contrapartida a esa censura, los novelistas han derivado hacia una especie de nuevo humor negro, de parodia, que encontró en Milan Kundera un maestro. Antes, ya “El maestro y Margarita”, la extraordinaria novela de Bulgakob, había sentado pauta en la literatura rusa este siglo (XX). Pero a él, el chiste le costó la vida.

El Comandante Alberto Mora, amigo y protector de Padilla, fue quien se llevó al poeta al Ministerio de Comercio Exterior (en 1962 o el 63), y lo nombró Director Gerente de “CUBARTEIMPEX”, la empresa de Comercio Exterior, dedicada a la exportación e importación de artículos de arte y cultura. Y más tarde, cuando defenestraron a Alberto Mora, y nombraron a otro ministro para reemplazarlo, a Padilla lo asignaron

como Gerente de Ultramar, para la Europa del este y los países escandinavos, con sede en Praga.

Años más tarde, yo le pregunté:

—¿Por qué se suicidó Alberto Mora?

Padilla movió la cabeza con melancolía:

—Porque los mejores se suicidan— dijo escuetamente.

No supe si interpretarlo como un elogio a Alberto Mora, o un elogio del suicidio. La idea de que los mejores son los que murieron, siempre me pareció trivial. Los juzgamos mejores porque murieron jóvenes y no tuvieron tiempo para corromperse, o de mostrar el lado oscuro de su carácter.

Finalmente, en cuanto a Padilla, estoy persuadido que, de tiempo en tiempo, pensaba en el suicidio. ¿Quién no? Mantengo lo afirmado: que su máscara de “jodedor” (*el bufón que no hizo reír*), la usaba para encubrir su alma trágica.

Hubo otra señal, años después, cuando un Padilla atormentado me llamaría para hablar sombríamente de “un pomo de pastillas verdes, fosforescentes”.

Pero, esto lo revelaré en su oportunidad.

No..., pero veo a un suicida

Oí que Guillermo Cabrera Infante comentó que, en ocasiones, Padilla actuaba con los rasgos propios de un suicida. Pensé que se trataba de una broma más del impenitente bromista. Pero tiempo después leía una escena, descrita maravillosamente por el escritor mexicano José de la Colina, que vale la pena de ser reproducida:

“...Luego, en el hall del gran hotel de los invitados del Congreso, (Padilla) continuó mostrándose con el “traje del bufón impuesto”, haciendo un show oral desesperado... pero viendo llegar desde el elevador a Octavio Paz, le gritó: “Torre de Dios, poeta, tú lo sabías, tú lo has sabido siempre”.

—¿No les parece que Heberto está muy alegre?— les dije a Miriam y a Guillermo Cabrera Infante.

—Demasiado alegre— dijo Miriam, compasiva.

Entonces Guillermo, separando unos instantes su cigarro habano lejos de su rostro, observó un rato al amigo, y dijo:

—Yo veo un suicida.

Y Miriam, alarmada:

—No, Guillermo. Heberto no va a suicidarse nunca.

—No..., pero yo veo un suicida.

Es posible que Guillermo, un bufón teatralmente serio, viera en Heberto lo mismo que yo veía: un ser atrocemente desgarrado y sensible que, para ocultar su angustia existencial, utilizara “ese traje de bufón” con su “torrente de chistes y carcajadas”, que retrató el autor de la rocambolesca escena.

Es decir, Heberto hacía el papel del bufón o de narcisista verbal, para proteger la alucinante lucidez que lo atormentaba; él nunca asumiría públicamente que su alma sangraba por las heridas de las humillaciones; hubiera preferido morir, a que sintieran compasión por él.

De ese tamaño era su orgullo de poeta.

Sin embargo, para quienes lo conocíamos bien – Guillermo o yo mismo–, nos parecía inconcebible que aún herido, un poeta tan vital, que amaba tan intensamente la vida, el amor, la amistad, los viajes y la poesía, fuese capaz de arrancarse la vida.

Aquel “*No (es un suicida), pero yo veo un suicida*”, de Guillermo, fue un oxímoron elemental que, tal como lo entiendo, sintetiza mi opinión.

Pero volvamos a esa dramática noche, sentados en aquel parque anónimo cercano a su apartamento, adonde íbamos huyendo de los micrófonos del *Gran Hermano*. Eran los tiempos en que la opresión era el pan nuestro de cada día, se palpaba hasta en el aire envenenado. Tiempo en que las charlas inocentes y

Es posible que Guillermo, un bufón teatralmente serio, viera en Heberto lo mismo que yo veía: un ser atrocemente desgarrado y sensible que, para ocultar su angustia existencial, utilizara "ese traje de bufón" con su "torrente de chistes y carcajadas", que retrató el autor de la rocambolesca escena.

Es decir, Heberto hacía el papel del bufón o de narcisista verbal, para proteger la alucinante lucidez que lo atormentaba; él nunca asumiría públicamente que su alma sangraba por las heridas de las humillaciones; hubiera preferido morir, a que sintieran compasión por él.

De ese tamaño era su orgullo de poeta.

Sin embargo, para quienes lo conocíamos bien – Guillermo o yo mismo –, nos parecía inconcebible que aún herido, un poeta tan vital, que amaba tan intensamente la vida, el amor, la amistad, los viajes y la poesía, fuese capaz de arrancarse la vida.

Aquel "*No (es un suicida), pero yo veo un suicida*", de Guillermo, fue un oxímoron elemental que, tal como lo entiendo, sintetiza mi opinión.

Pero volvamos a esa dramática noche, sentados en aquel parque anónimo cercano a su apartamento, adonde íbamos huyendo de los micrófonos del *Gran Hermano*. Eran los tiempos en que la opresión era el pan nuestro de cada día, se palpaba hasta en el aire envenenado. Tiempo en que las charlas inocentes y

hasta los chistes nos podían convertir en personas sospechosas para la Seguridad del Estado.

*Ellos estaban dentro de tu casa, violaban tu intimidad, podían sacarte de tu cama donde yaces al lado de tu esposa, a la hora que les diera la gana (como sucedió en *El proceso*, cuando K. se despierta y encuentra a los inspectores ya instalados en su dormitorio frente a su cama, vigilantes de su sueño. Peor aún, porque K., por más que lo intenta, no recordaba haber cometido delito alguno, pero el hecho de ser vigilado y detenido, lo inducía a dudar de su inocencia y a buscar el acto de su culpa).*

En el caso de Heberto, la sospecha de deslealtad, o de no demostrar su agradecimiento y su fervor por el Gran Líder, lo señalaban. Sus poemas se transformaron en emblemas de rebeldía entre los poetas jóvenes. Su actitud pesimista, lo señalaba. Ser simplemente un poeta crítico, lo señalaba. Era el drama de los que viven y sufren la Historia:

Repito: La *Revolución* convertida en *Religión-superstición-*, no fue un desvarío. *El Patria o Muerte* planteaba un dilema pavoroso verdadero: ¡o estás con nosotros, o contra nosotros! ¡Elije, porque en ello te va tu vida y la de tus hijos!

Los términos medios no se aceptaban. Lo peor es que por más que lo repita, no entenderán. Hay cosas que sólo viviéndolas se comprenden. Por ejemplo, hoy cuando vemos un film sobre los desfiles nazis con sus vistosas banderas rojas y negras, no percibimos

el furor emocional, ni el fanatismo religioso de esas masas disciplinadas de alemanes uniformados con las esvásticas, vitoreando a Hitler.

Como el grandioso escenario histórico cubano: las concentraciones en los cuales el Gran Titiritero convocaba a los autos de fe –Fidel hizo su Revolución como espectáculo–; actos multitudinarios en los que exigía más sacrificios y lealtad, en el nombre sagrado de la Patria. Todos acudían a la inmensa Plaza de la Revolución; como en tiempos de la *Inquisición* existía el miedo de faltar a esas misas de consagración. En lo más alto de la tribuna tronaba Fidel gesticulando con furia, entre pausas y gestos teatrales, abajo la multitud magnetizada lo escuchaba con fervor sexual.

¿Por qué me odian?

Heberto me miró directamente a los ojos, y con un gesto perplejo de interrogación, me preguntó:

–¿Por qué me odian?

– Porque tú no estás claro– le dije en broma (*no estar claro*, en el argot revolucionario de aquellos años, significaba no identificarse ideológicamente con “el proceso”).

Pero el odio a que se refería Heberto, no era un asunto para bromas.

Lo entendía: acababan de publicarle en España sus memorias, provocando en la derecha y la izquierda algunas reacciones realmente adversas o destructivas. Un par de días antes, lo habían entrevistado por teléfono en la radio de Miami, y al final, abrieron los micrófonos para que opinaran los radios oyentes. Y hubo uno que rabiosamente lo insultó, llamándolo hipócrita y traidor –objetando su conducta como la de un cobarde y los testimonios como falsos–. Heberto se defendió, articulando elocuentemente sus razones, neutralizando los argumentos y opiniones de aquel radio oyente chillón y grosero.

Pero aquel bestia se enfureció aún más.

–Sí, así son ustedes “los comunistas”: nos quieren apabullar con su palabrería, engañando a la gente con su verborrea asquerosa– gritó aquel energúmeno por el teléfono.

Y en aquel momento, Belkis, no pudiste soportarlo más –tu voz se oía desde el trasfondo, indignada–, le arrebataste el teléfono a Heberto, para defenderlo a gritos, y de paso criticar al periodista que hacía la entrevista –que había propiciado el virulento debate–, por permitir que aquel energúmeno entrara a sus micrófonos, no con argumentos, sino con insultos. Creo que, más o menos, esta fue la escena radial canallésca. La oí casualmente en la radio de mi carro, mientras manejaba por la calles de Miami al día siguiente de mi llegada.

Por supuesto, la pregunta que me hizo Heberto dos días después, no se refería a aquel energúmeno en particular, sino a ese odio generalizado contra su persona que provenía tanto de la derecha como de la izquierda. Algunos, incluso, habían manifestado suspicacia en torno a la veracidad de su testimonio, en especial la reunión con Lezama Lima, que la Seguridad orquestó para la puesta en escena de “su confesión”, descrita por él magistralmente en *“La Mala Memoria”*.

–¿Por qué me odian?– me preguntó Heberto.

Y yo intenté razonar una respuesta.

–Te odian porque creen que tú les has robado el protagonismo y su lugar en la Historia; creen que tu fama les pertenecía a ellos, porque su obra es mejor.

—Sí, así son ustedes “los comunistas”: nos quieren apabullar con su palabrería, engañando a la gente con su verborrea asquerosa— gritó aquel energúmeno por el teléfono.

Y en aquel momento, Belkis, no pudiste soportarlo más —tu voz se oía desde el trasfondo, indignada—, le arrebataste el teléfono a Heberto, para defenderlo a gritos, y de paso criticar al periodista que hacía la entrevista —que había propiciado el virulento debate—, por permitir que aquel energúmeno entrara a sus micrófonos, no con argumentos, sino con insultos. Creo que, más o menos, esta fue la escena radial canallésca. La oí casualmente en la radio de mi carro, mientras manejaba por la calles de Miami al día siguiente de mi llegada.

Por supuesto, la pregunta que me hizo Heberto dos días después, no se refería a aquel energúmeno en particular, sino a ese odio generalizado contra su persona que provenía tanto de la derecha como de la izquierda. Algunos, incluso, habían manifestado suspicacia en torno a la veracidad de su testimonio, en especial la reunión con Lezama Lima, que la Seguridad orquestó para la puesta en escena de “su confesión”, descrita por él magistralmente en *“La Mala Memoria”*.

—¿Por qué me odian?— me preguntó Heberto.

Y yo intenté razonar una respuesta.

—Te odian porque creen que tú les has robado el protagonismo y su lugar en la Historia; creen que tu fama les pertenecía a ellos, porque su obra es mejor.

Te odian porque ellos defendieron a la Revolución y tú tuviste el valor de criticarla. Te odian porque saben que Fidel, en el fondo, desprecia su servilismo, en cambio a ti te castigaba, pero te respetaba. En fin, te odian porque te envidian, y para colmo tú tienes el toque del genio y ellos el de la mediocridad.”

Ésta y alguna otra razón más le di que ya no recuerdo, pero lo suficientemente inspiradas para calmar su angustia. Lo sé porque años después, en una situación semejante, Heberto me las recordó como quien quedó persuadido de su veracidad: “Ya me lo explicaste aquella vez”, me dijo.

En su poema *Autorretrato del otro*, el propio Heberto anticipó, en parte, el germen de aquel odio: *Las derechas me alaban / ya me difamarán. / Las izquierdas me ha hecho célebre / ¿no han empezado a alimentar sus dudas?*

Peor fue quienes lo acusaron de haber sido benévolo en su testimonio sobre el *Ché Guevara*, incluso de haberse juzgado a sí mismo con benevolencia. ¡Dios, como es posible semejante estupidez, si Heberto nos confiesa *haber llorado de vergüenza*, en su calabozo de la Seguridad del Estado, porque fueron “otros” los que realmente sufrieron en comparación con él, y no dudó en auto flagelarse, culpándose así mismo de haber sido: *un privilegiado del horror como hasta cierto punto un cómplice. Consciente o no de cuanto ocurría, yo no indagué para comprobar que en Cuba se torturaba por las razones más insignificantes...*

Al final de mi larga vida de lector, me interesé más por las memorias y biografías que por las novelas. Con "*Linterna mágica*", las memorias de *Ingmar Bergman*, quedé tan fascinado que, apenas terminé de leerla, comencé de inmediato a releerla nuevamente. En cuanto vi a Heberto, le regalé un ejemplar, y le dije: "Es tan lúcida, plástica y desgarradoramente sincera, que uno se siente hermanado con este Bergman, torturado por sus pasiones y hasta por los dolores de tripas –el hombre sufría de colitis, y los nervios le producían cagaleras–. ¡Un genio, no por las cagaleras, sino por su total sinceridad!

Padilla se llevó "*Linterna Mágica*" a Princeton, donde compartió su lectura con Belkis, iniciando los dos lo que él llamó "el ciclo de Ingmar Bergman", inmersos en sus obras cinematográficas por dos o tres semanas. Me contó que tú, Belkis, conseguiste casi todos los videos de sus películas, creo que en la Universidad o en otro sitio que no recuerdo. En cuanto a "*Linterna mágica*", su comentario fue fulminante:

–"Escribir un libro como ese, y morirnos en paz."

Por supuesto, esa metáfora solo describe lo que sería la suprema admiración de un autor por otro autor. Yo podría decir lo mismo de "*La mala memoria*", de Heberto Padilla –que conste, siempre me pareció más apropiado su título original: "*Autorretrato del otro*", que se utilizó en su traducción al inglés–. Opino que las memorias de Heberto, desde todas las evaluaciones posibles (la estética, la literaria y la concep-

tual), es un documento esencial para entender la trágica Historia del siglo XX. Espero que en el futuro sea leída atentamente por todos esos jóvenes del mundo que les preocupa, o quieren comprender, la Historia de ese fenómeno que fuera la Revolución Cubana, y la de su inventor y máximo líder, que inútilmente arruinó millones de vidas humanas.

Como diría Padilla: *La Historia es el canalla / que se acuesta de un salto con la Gran Puta.*

el furor emocional, ni el fanatismo religioso de esas masas disciplinadas de alemanes uniformados con las esvásticas, vitoreando a Hitler.

Como el grandioso escenario histórico cubano: las concentraciones en los cuales el Gran Titiritero convocaba a los autos de fe –Fidel hizo su Revolución como espectáculo–; actos multitudinarios en los que exigía más sacrificios y lealtad, en el nombre sagrado de la Patria. Todos acudían a la inmensa Plaza de la Revolución; como en tiempos de la *Inquisición* existía el miedo de faltar a esas misas de consagración. En lo más alto de la tribuna tronaba Fidel gesticulando con furia, entre pausas y gestos teatrales, abajo la multitud magnetizada lo escuchaba con fervor sexual.

¿Por qué me odian?

Heberto me miró directamente a los ojos, y con un gesto perplejo de interrogación, me preguntó:

–¿Por qué me odian?

– Porque tú no estás claro– le dije en broma (*no estar claro*, en el argot revolucionario de aquellos años, significaba no identificarse ideológicamente con “el proceso”).

Pero el odio a que se refería Heberto, no era un asunto para bromas.

Lo entendía: acababan de publicarle en España sus memorias, provocando en la derecha y la izquierda algunas reacciones realmente adversas o destructivas. Un par de días antes, lo habían entrevistado por teléfono en la radio de Miami, y al final, abrieron los micrófonos para que opinaran los radios oyentes. Y hubo uno que rabiosamente lo insultó, llamándolo hipócrita y traidor –objetando su conducta como la de un cobarde y los testimonios como falsos–. Heberto se defendió, articulando elocuentemente sus razones, neutralizando los argumentos y opiniones de aquel radio oyente chillón y grosero.

Pero aquel bestia se enfureció aún más.

–Sí, así son ustedes “los comunistas”: nos quieren apabullar con su palabrería, engañando a la gente con su verborrea asquerosa– gritó aquel energúmeno por el teléfono.

Y en aquel momento, Belkis, no pudiste soportarlo más –tu voz se oía desde el trasfondo, indignada–, le arrebataste el teléfono a Heberto, para defenderlo a gritos, y de paso criticar al periodista que hacía la entrevista –que había propiciado el virulento debate–, por permitir que aquel energúmeno entrara a sus micrófonos, no con argumentos, sino con insultos. Creo que, más o menos, esta fue la escena radial canallesca. La oí casualmente en la radio de mi carro, mientras manejaba por la calles de Miami al día siguiente de mi llegada.

Por supuesto, la pregunta que me hizo Heberto dos días después, no se refería a aquel energúmeno en particular, sino a ese odio generalizado contra su persona que provenía tanto de la derecha como de la izquierda. Algunos, incluso, habían manifestado sospecha en torno a la veracidad de su testimonio, en especial la reunión con Lezama Lima, que la Seguridad orquestó para la puesta en escena de “su confesión”, descrita por él magistralmente en *“La Mala Memoria”*.

–¿Por qué me odian?– me preguntó Heberto.

Y yo intenté razonar una respuesta.

–Te odian porque creen que tú les has robado el protagonismo y su lugar en la Historia; creen que tu fama les pertenecía a ellos, porque su obra es mejor.

Te odian porque ellos defendieron a la Revolución y tú tuviste el valor de criticarla. Te odian porque saben que Fidel, en el fondo, desprecia su servilismo, en cambio a ti te castigaba, pero te respetaba. En fin, te odian porque te envidian, y para colmo tú tienes el toque del genio y ellos el de la mediocridad.”

Ésta y alguna otra razón más le di que ya no recuerdo, pero lo suficientemente inspiradas para calmar su angustia. Lo sé porque años después, en una situación semejante, Heberto me las recordó como quien quedó persuadido de su veracidad: “Ya me lo explicaste aquella vez”, me dijo.

En su poema *Autorretrato del otro*, el propio Heberto anticipó, en parte, el germen de aquel odio: *Las derechas me alaban / ya me difamarán. / Las izquierdas me ha hecho célebre / ¿no han empezado a alimentar sus dudas?*

Peor fue quienes lo acusaron de haber sido benévolo en su testimonio sobre el *Ché Guevara*, incluso de haberse juzgado a sí mismo con benevolencia. ¡Dios, como es posible semejante estupidez, si Heberto nos confiesa *haber llorado de vergüenza*, en su calabozo de la Seguridad del Estado, porque fueron “otros” los que realmente sufrieron en comparación con él, y no dudó en auto flagelarse, culpándose así mismo de haber sido: *un privilegiado del horror como hasta cierto punto un cómplice. Consciente o no de cuanto ocurría, yo no indagué para comprobar que en Cuba se torturaba por las razones más insignificantes...*

Al final de mi larga vida de lector, me interesé más por las memorias y biografías que por las novelas. Con "*Linterna mágica*", las memorias de *Ingmar Bergman*, quedé tan fascinado que, apenas terminé de leerla, comencé de inmediato a releerla nuevamente. En cuanto vi a Heberto, le regalé un ejemplar, y le dije: "Es tan lúcida, plástica y desgarradoramente sincera, que uno se siente hermanado con este Bergman, torturado por sus pasiones y hasta por los dolores de tripas –el hombre sufría de colitis, y los nervios le producían cagaleras–. ¡Un genio, no por las cagaleras, sino por su total sinceridad!

Padilla se llevó "*Linterna Mágica*" a Princeton, donde compartió su lectura con Belkis, iniciando los dos lo que él llamó "el ciclo de Ingmar Bergman", inmersos en sus obras cinematográficas por dos o tres semanas. Me contó que tú, Belkis, conseguiste casi todos los videos de sus películas, creo que en la Universidad o en otro sitio que no recuerdo. En cuanto a "*Linterna mágica*", su comentario fue fulminante:

–"Escribir un libro como ese, y morirnos en paz."

Por supuesto, esa metáfora solo describe lo que sería la suprema admiración de un autor por otro autor. Yo podría decir lo mismo de "*La mala memoria*", de Heberto Padilla –que conste, siempre me pareció más apropiado su título original: "*Autorretrato del otro*", que se utilizó en su traducción al inglés–. Opino que las memorias de Heberto, desde todas las evaluaciones posibles (la estética, la literaria y la concep-

tual), es un documento esencial para entender la trágica Historia del siglo XX. Espero que en el futuro sea leída atentamente por todos esos jóvenes del mundo que les preocupa, o quieren comprender, la Historia de ese fenómeno que fuera la Revolución Cubana, y la de su inventor y máximo líder, que inútilmente arruinó millones de vidas humanas.

Como diría Padilla: *La Historia es el canalla / que se acuesta de un salto con la Gran Puta.*

Religión y Revolución si riman

Los desfiles y las concentraciones revolucionarias, además de un espectáculo para las masas eran, en su esencia más honda, una liturgia de masas: el pueblo unido con su Dios en una catártica simbiosis, dando vida a ese monstruo de furia, de crueldad y de ruido que llaman la Historia.

Donde quiera que el poder se deifique, éste segrega automáticamente su propia teología; donde quiera que se comporte como Dios, suscita hacia él sentimientos religiosos, nos dice Milan Kundera, en *El arte de la novela*.

Por esta razón, el personaje de *En mi jardín pastan los héroes* se llamó Gregorio Suárez –casi un homónimo del Gregorio Sansa de la *Metamorfosis*–. Frank Kafka anticipó con su genio los horrores de los totalitarismos del siglo XX. Y Heberto Padilla lo usó de referente para describir la atmósfera opresiva que respiraban los personajes en su novela. Aunque lo kafkiano y lo orwelliano son dos universos psicológicos independientes, ambos se fundieron en la insania de la Revolución Cubana. “Orwell y revolución, sí riman con Kafka”, diría el sarcástico Padilla.

Duro oficio el Exilio

Heberto Padilla salió de Cuba en Marzo de 1980, y nunca volvió. Recuerdo que me contó, ya en el exilio, las dos o tres ocasiones en que lo tentaron, con mensajeros taimados de La Habana, para que volviera, al menos en una corta visita –nada alegre más a un tirano que recuperar una oveja perdida.

–¿Volverías tú?– le pregunté.

Padilla contestó teatralmente:

–¿Volver?– gritó –*Vuelva el que tenga, tras largos años, tras un largo viaje, cansancio del camino, y la codicia de su tierra...*

Recitaba versos de Cernuda, y yo insistí:

–En serio, ¿volverías tú?– detuvo su acto teatral, me miró compasivamente, y contestó con una sonrisa de escepticismo triste:

–¿Volver, *en serio*? Tendría que ser uno de esos idiotas nostálgicos, o un héroe masoquista. Y yo no soy ni lo uno, ni lo otro”.

Noble Padilla

—El noble Padilla— sentenció Adrián, mirando a Heberto con afectuosa complacencia. Fue en 1960, en el segundo año de la Era Fidel.

Eran tiempos de frenéticos cambios, la revolución sacudió a Cuba como un terremoto, vivíamos en el suspenso de qué pasaría mañana, de cuál sería la próxima “*nueva disposición*” que cambiaría radicalmente nuestras vidas. Los que trabajamos para empresas privadas, amanecíamos de pronto empleados del Gobierno. Simplemente, la constitución y las leyes se anulaban y “las nuevas disposiciones” las dictaba el Máximo Líder, a la mitad de un discurso. De inmediato, sin discutir ni legislar, las turbas de milicianos las ejecutaban con violencia y furia.

En ese lapso de tres años entre 1959-1961, los amigos de Heberto Padilla nos sentábamos a comentar excitados la última sacudida telúrica que destruía las viejas leyes y costumbres, en la amplia terraza de su apartamento en la Avenida 17, en el Vedado. Casi frente a la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), la antigua mansión de dos plantas de uno de los grandes burgueses cubanos, ahora en el exilio, expropiado sin trámites por la Revolución Fidel, —el

odio a los ricos criollos fue uno de los siniestros resortes psicológicas que usó el astuto Fidel, hijo a su vez de un terrateniente gallego—. ¿Quién podría sentir compasión o nostalgia por una casta de millonarios criollos?

Entre nosotros (los asiduos éramos tres o cuatro), Adrián García-Hernández Montoro era el más extravagante y jodedor, indiscreto con su vida privada, y con un humor ácido salpicado de anécdotas eruditas —estudió filosofía y letras en la Universidad, y fue un niño enfermizo educado en la lectura—. Cuando se jactaba de sus asombrosas experiencias de alcoba, no se salvaban sus esposas: entre carcajadas nos contó que en su luna de miel, la primera vez que su esposa tuvo un orgasmo, se meó en la cama.

—¿Y tú qué hiciste?

— Reírme a carcajadas. Estábamos en un hotel de Panamá. De ahí en adelante yo esperaba la meada como un aleluya.

Cuando lo conocí, Adrián aún trabajaba en el Departamento de Protocolo del MINREX, y nos contaba descaradamente los informes que le exigía el temido G-2 —así se nombraba antes la inteligencia del ejército, que en el futuro se llamaría la Seguridad del Estado, copia exacta de su homónima KGB rusa—. Adrián sentía un profundo afecto por Heberto, con quien compartía charlas corrosivas e ingeniosas salpicadas de referentes cultos. Cuando a Heberto le publicaron *El*

Justo Tiempo Humano, el libro de poemas que lo colocó de inmediato entre los grandes poetas en idioma castellano, fue Adrián el que escribió, quizás, la más inteligente reseña.

–El noble Padilla– repetía Adrián.

Y yo aprobaba este dictamen con una sonrisa. En efecto, por sus modales, por su bien articulada conversación, su ingenioso humor y el carisma natural de su carácter, Heberto irradiaba un aire de nobleza de espíritu. Otras, se transformaba en un actor, imitando personajes, actitudes, gestos y la voz de escritores célebres. Sin embargo, esto cambiaría: una década de persecuciones, de odios y torturas psicológicas, de enconados debates, de humillaciones inhumanas, erosionó su carácter alegre, generoso y noble. Entonces, de súbito desde lo profundo surgía “el otro: el poeta ácido, mordaz y hasta cruel”, que a ratos esgrimía como latigazos su afilado ingenio, contra familiares y amigos, contra mí en dos ocasiones, y hasta contra ti, Belkis.

Actitudes que antes no eran malignas, con el tiempo se tornaron más hirientes. Hace muchos años, en New York (1958), cuando aún éramos muy jóvenes, un sábado de otoño que fui a cenar con Berta y Heberto en su apartamento, yo me sentí incómodo, porque creí que él abusaba intelectualmente de Berta con pullas provocadoras. Cuando esa noche de otoño salimos a la calle a comprar vino tinto al market de la esquina, le reclamé:

—¿Por qué abusas de Berta con tu prepotencia verbal? ¡La mortificas en exceso!

Y él se disculpó de esta manera:

—La pobrecita se la pasa encerrada con nuestra hija en la cuna —Giselle de meses—, todo el día, sola, en ese apartamento, y cuando llego, la sacudo para que su mente y su cuerpo vibren y se espabilen. Es mi manera de quererla, y ella lo entiende.

—Raro es el amor cuando hiere— le dije.

—La ternura es una mariconería del espíritu.

—¿Qué te parece este Château Margaux 1952?—, le pregunté, agarrando la botella del estante, (en 1958 valía sólo dos dólares).

—Perfecto.

Berta Hernández era una mujer bondadosa e inteligente, siempre con una eterna sonrisa en su rostro. Una gran anfitriona, recibía a los amigos de Heberto con auténtica alegría, siempre dispuesta a poner un cubierto más a la mesa. Sentía tal devoción por “Bebo”, que imitaba su modo de hablar. Era tan generosa que años más tarde, después de su divorcio, seguía defendiéndolo —jamás la oí quejarse o hablar mal de “Bebo”, como ella lo llamaba—.

Cuando se llevaron a Heberto preso junto con Belkis, Berta movió tierra y cielo para que los liberaran, con sus amistades en el extranjero y con la Embajada Soviética, adonde tenía conexiones por ser profesora de hijos de diplomáticos. Cuando al fin Berta salió por España acompañada de sus tres hijos, en Madrid,

ella y Giselle hicieron gestiones fructíferas para que el gobierno del Presidente Adolfo Suárez se interesara por la liberación de Padilla (otro factor que influyó a la larga en su salida de Cuba).

En los ochenta, en una ocasión que charlábamos en Miami de sus pasados amores con Heberto, bromeé con Berta: “A lo mejor un día de estos Heberto vuelve contigo, un gran amor nunca se apaga, el fuego revive de sus cenizas”.

Berta suspiró con su luminosa sonrisa, pero negó rotundamente con su cabeza que NO, que eso era imposible: “El gran amor de *Bebo* ha sido Belkis”, afirmó con la autoridad de haber sido su primera esposa y de haberle dado tres hijos. Y sentenció: “Muy difícil que *Bebo* se separé de Belkis, ni por mí, ni por ninguna otra mujer”.

Con estas desacomplejadas palabras, demostraba su corazón generoso. Yo le di la razón, persuadiendo también de esa verdad, aunque con una salvedad:

–Pero Heberto igualmente le pegará los cuernos a Belkis, a diestra y siniestra– bromeé.

Y Berta soltó una risita.

–Él me los pegó a mí todo el tiempo. ¿Quién sabe? A lo mejor a Belkis le es más fiel.

Contrabando de sellos

—¡El noble Padilla!— repetía Adrián.

Ahora, es decir, en el Madrid de 1965, con más razón que antes, porque el poeta acababa de sacarle de Cuba de contrabando, en su valija diplomática, una valiosa colección filatélica y de documentos, propiedad de la familia de Adrián, cuyo valor exacto yo nunca pregunté (¿cinco, diez, quince mil dólares?). Como fuese, por el momento le había resuelto la vida a Adrián. Claro, a riesgo de exponerse Padilla a que lo descubrieran.

Adrián expresaba su agradecimiento pagándonos cenas en los restaurantes madrileños, o una excursión que hicimos a Ávila y a Segovia. En el *Mesón de Cándido*, junto al Acueducto Romano, almorzamos los cuatro el famoso lechoncito asado, y salimos medio embriagados por los brindis de vino y la copita de brandy final. De regreso por las carreteras de Castilla La Vieja, con las ventanillas del auto abiertas, y el viento batiendo nuestros rostros, Padilla iba cantando a todo pulmón *Ochi Chornye* —en ruso Ojos Negros— y Adrián, Sabá Cabrera y yo lo coreábamos. En medio del jolgorio, le pregunté a Heberto (había vivido un año en Moscú y aprendió el ruso).

—¿Qué dice una rusa cuando la clavan?

Dijo algo en ruso, y, aunque no entendimos, lo dijo de una forma tal, que reíamos a carcajadas. Con un futuro incierto, éramos criaturas del destierro intentando extraer la alegría a aquel instante de cálida amistad.

Yo me beneficié indirectamente de la prosperidad de Adrián. Cuando unas semanas después, Heberto se enteró que yo iba a vender mis libros, porque andaba corto de fondos, me sugirió que Adrián podría comprarlos. Eran las obras completas editadas en piel por Aguilar de *Quevedo, 2 tomos, Shakespeare, Tolstoi 2 tomos, Dostoievski, Cervantes, y Chejov*, libros valiosos que eran mi continúa lectura y que yo me traje de Venezuela pensando que, en una emergencia, podría venderlos. Y, efectivamente, un Adrián magnánimo me compró los libros por 350 dólares, un dineral en 1965. Sospeché que, detrás del generoso gesto de Adrián, estuvo la mano oculta de Heberto. A Adrián le hubiera sido difícil negarle un favor al artífice de su repentina prosperidad, al margen de que Adrián fuese mi amigo, o de que en verdad deseara tener esos libros y autores.

En aquellos tiempos de deslealtades, entre las virtudes de Padilla sobresalía la gallardía de seguir siendo un leal amigo de sus amigos, aun cuando estos cayeran en desgracia o escaparan acusados de "agentes de la CIA", o "de gusanos", como fue el caso de Adrián, o yo mismo. O el más famoso y polémico, Guillermo Cabrera Infante.

O Carlos Verdecia, a quien Padilla ayudó cuando éste sufrió el ostracismo y la persecución en Cuba. Carlos Verdecia dio testimonio de ello en su libro *Conversaciones con Heberto Padilla* –un documento indispensable para entender cómo vivía el poeta en la Cuba de aquellos tiempos, después del escándalo político de *Fuera del Juego*–:

–Si mi familia y yo logramos sobrevivir durante casi 15 años que duró mi espera para poder salir del país, fue gracias a Padilla... Su grado de bondad y solidaridad humanas no tenía límites–, nos cuenta Verdecia. ¡Esos 15 años que esperó Carlos Verdecia por un simple permiso de salida, son un ejemplo del odio vengativo de Fidel Castro, contra un intelectual íntegro y digno, que había sido un funcionario leal de alto nivel en su Gobierno!

Con respecto a la conducta solidaria de Padilla, creo oportuno citar a Albert Camus: *“Un verdadero amigo es aquel que llega cuando todos los otros se han marchado”*.

Mientras nuestro poeta se solidarizaba con sus amigos, otros intelectuales –*la asociación de oportunistas integrados*, los llamé yo–, de pronto lo dejaron de saludar, o evitaban temerosos su contacto, igual que si fuese un leproso inmundo. O peor: espiaban sus críticas para informarle al G-2. Y no vale la pena mencionar sus nombres. Además de ser un territorio gris, por cuanto “un verdadero revolucionario” tenía “el deber de anteponer su lealtad a Fidel y a la Revo-

lución, por encima de la amistad, incluso por encima de los lazos de familia". ¿Qué otra ideología maligna incita a un hermano contra su propio hermano, o un hijo contra su padre?

Al fin llegó el día bendito de mi salida. Recuerdo que Heberto fue a buscarnos al hotel (en aquel tiempo tenías que entregar –dos días antes de tu salida–, tu apartamento con tus muebles, tu auto, tus libros y otras posesiones, a la Revolución). Y nos llevó en su viejo Ford al Puerto de La Habana, donde íbamos mi esposa Neisy, mi hijo Sergio de dos años y yo, a embarcarnos en el buque de pasajeros y carga *Virginia de Churruca*, con rumbo a Venezuela.

Heberto nos acompañó hasta la propia aduana, donde tendríamos que pasar por los humillantes registros de milicianos ensoberbecidos, que nos pusieron en fila, nos ordenaron desnudarnos y colocar la ropa en el piso. Ellos decomisaban el dinero, cualquier prenda de familia, anillos de matrimonio, cadenas o reloj de valor, etcétera. "Todo el oro para la Revolución". Malamente nos permitían llevar en la maleta dos mudas de ropa y cosas personales. Cero dinero, cero joyas. Tampoco se podía viajar con diplomas o títulos académicos.

¿Por qué la revolución cubana generó tanto odio y mezquinas represalias contra compatriotas cuyo único delito era escapar al exilio? Sin duda, por culpa de su Máximo Führer, que alentaba la envidia, dividió a las familias, y sembró el odio, despertando a la som-

bría bestia agazapada en las almas. El odio fue el más poderoso motivador que usó Fidel Castro, como lo dijo Sándor Márai en sus memorias: *En los momentos cruciales de la vida privada y social del humano, siempre surge la misma y decisiva pregunta: "Odias lo mismo que yo odio, o bien eres indiferente y tolerante"*.

Busquen un video de Hitler y de Fidel, y los verán con el dedo índice en alto, arengando a las masas con la misma descarga salvaje de odio, de energía y de rabia, contra "el enemigo".

Un Verdadero Amigo

Años después, un día que discutía en Caracas, con alguien, quien por alguna razón no simpatizaba con el poeta Padilla, me preguntó mordaz:

—¿Cuánto te costó tu amistad con Padilla?

No me molesté en contestarle. Quien evalúa la amistad en las columnas de pérdida y beneficio es un mercader que nunca ha tenido un amigo verdadero. Sin embargo creo conveniente aclarar cómo funcionó la amistad entre Padilla y yo:

En la aventura deslumbrante de su amistad, yo soy su deudor agradecido. Cuando yo no era más que un pobre vendedor de la Dupont de 20 años que soñaba con ser un escritor, pero con una formación intelectual deficiente, Heberto insistía que lo acompañara a todas partes y me trataba como a su igual. Gracias a él, conocí a casi los escritores y poetas cubanos, jóvenes y viejos, que valían la pena de ser conocidos. Gracias a él se me abrieron muchas puertas, tuve entrada en la redacción de *Prensa Latina* y en la de *Lunes de Revolución*, donde publiqué un par de cuentos, hice amistad con los escritores de mi generación y viví desde adentro el mundo vibrante de la cultura y el periodismo. Y cuando Heberto se fue por unos meses a

Londres para abrir las oficinas de Prensa Latina, me confió su viejo Ford, para que yo lo usara por unos meses.

Cuando en abril de 1962, le confesé que iba a renunciar a mi trabajo fantasma en el *Consolidado de las Pinturas* –una empresa desastrosa inventada por la Revolución que “consolidó” a todos los fabricantes expropiados del sector–, donde yo cobraba un sueldo por estar sentado en un escritorio, sin hacer prácticamente nada –antes había sido un activo vendedor y viajante–. Esto, que a otros les parecía normal, me daba vergüenza. En fin, cuando le conté a Heberto que pensaba irme del país, me puso la mano sobre el hombro fraternalmente, y me dijo:

–Tú no tienes por qué irte al exilio. Yo creo que tu malestar con esta Revolución es accesorio. Lo que necesitas es un trabajo más acorde con tu vocación... Y yo te lo voy a conseguir.

No le contesté; eran los tiempos que yo escuchaba con atención –una virtud prudente–, y meditaba sobre lo que escuchaba o veía. Y solo abría la boca cuando era necesario. Después, en el camino de la vida, perdí la virtud de callar.

Tres días después, Heberto me fue a buscar para que lo acompañara a una agencia rusa de noticias. Nos recibió un típico eslavo corpulento, con un rostro de pómulos altos y anchos, y una mirada impávida de asesino; el ruso saludó a Heberto cordialmente, entramos a su oficina, me tendió la mano sobre su

escritorio, intercambiamos información, y sin más me ofreció el puesto de traductor del inglés al español de los cables que entraban por el teletipo.

–¿Cuánto pagan?– le pregunté.

–Ciento ochenta al mes.

Debí poner cara de decepción, porque el ruso se disculpó.

–Ese es el presupuesto– añadió.

Crucé una mirada con Heberto que se encogió ligeramente de hombros, dando entender que no sabía lo del sueldo. (En el *Consolidado de la Pintura*, aún me pagaban los mismos 350 que yo ganaba antes de que nacionalizaran la Dupont, en octubre de 1960). “Si este ruso cree que me va a explotar, está bien jodido”, pensé. Heberto lucía decepcionado, pero el ruso esperaba con su imperturbable mirada clavada en mi persona. De golpe me salió la veta de jodedor, y le pregunté al ruso:

–¿Y esos 180 son en qué: en pesos, en rublos o en dólares?

Heberto sonrió con ironía, y los ojos impávidos del oso ruso de pronto se tornaron divertidos (a lo mejor sí era un ser humano), y le dijo a Heberto de buen humor en castellano:

–Creo que tu amigo es un bromista.

En esa atmósfera relajada nos despedimos. Le prometí al ruso que al día siguiente le daría mi respuesta. Pero ya había tomado mi decisión de no aceptarlo (por varias razones, que no vienen al caso). Cuando

salimos, Heberto me consoló, consciente que yo no iba admitirlo.

—No te preocupes. Se me ha ocurrido una idea, creo que puedo conseguirte el trabajo perfecto para un amante de los libros como tú. Pero déjame hablar primero con Navarro Luna.

Yo me quedé intrigado. En realidad el complejo proceso de mi salida: las gestiones de las visas en el consulado de Venezuela, los difíciles pasajes que sólo se podían comprar en dólares, en fin, todo ya estaba en marcha. Pero cualquier incidente podría arruinar mis planes, así que dejé a Heberto continuar sus gestiones. En efecto, tres o cuatro días después me llamó de lo más entusiasmado.

Había hablado con Manuel Navarro Luna, el viejo poeta comunista manzanillero, un buen hombre que adoraba a Padilla y habría hecho cualquier cosa por complacerlo. Por suerte, cuando lo conocí, yo le causé buena impresión. “Un joven brillante”, dijo de mí. Lo cierto es que Navarro Luna habló a su vez con Juan Marinello, otro viejo intelectual comunista de prestigio, recién entonces (en 1962) nombrado por Fidel Castro, como el nuevo rector de la Universidad de La Habana.

—Creo que te van a ofrecer una de las direcciones de la Biblioteca de la Universidad, con un sueldo de 400 pesos— me informó Padilla complacido por el éxito de su gestión. —¿Cuando quieres ir a ver a Marinello?

¿Yo, trabajando en una Biblioteca? Nunca me pasó por la mente ejercer el oficio de bibliotecario, te-

nía prejuicios contra los oficios de oficina. Realmente me sentí conmovido por la oportunidad. Y nunca lo olvidé. Yo prefería la acción y la aventura, pero quizás pudo ser un cambio de rumbo decisivo en mi vida –al cabo, la oficina fue el oficio de Kafka su vida entera, y Borges fue bibliotecario–. Sin embargo, creí que había llegado el momento de hablar claro con mi amigo Heberto.

Le expresé mi agradecimiento, pero yo ya había tomado mi decisión de largarme de aquel manicomio a punto de estallar. Como todo joven, yo simpatizaba con el socialismo, pero lo que veía era la instauración de un comunismo totalitario al estilo ruso (al cabo, se hizo una revolución para derrocar a un dictador, para implantar otro dictador peor en su lugar.)

Debo aclarar que yo estuve preso dos meses en 1956, que había pertenecido a los grupos revolucionarios en Santiago de Cuba y luego en La Habana, cómplice además de Frank País, y compañero de mi tío Oscar Lucero, en *Acción Libertadora*. Ambos mártires de la Revolución, ambos asesinados por Batista, y ninguno de los dos simpatizó ni remotamente con el marxismo.

Por otro lado, desde el principio me repugnaron los discursos mesiánicos de Fidel y aquellos maratones en la TV de seis a ocho horas, adoctrinando al pueblo, que lo escuchaba con el alma en vilo, por cuanto cada palabra de su boca podía cambiar sus vidas radicalmente.

Fidel desmembraba metódicamente las instituciones vitales de la nación —*un poder judicial independiente, una prensa libre, una economía de mercado, la propiedad privada*—, ante la indiferencia de mis amigos. Creo que todos estaban sumergidos en *el espíritu de su tiempo*, con algo de oportunismo, como es natural.

Los ingenuos genios de Lunes

Yo no entendía a los amigos de *Lunes*. Aquel grupo de escritores inteligentes y talentosos, estaban tan excitados con los cambios radicales que sacudían los fundamentos de la República, que su entusiasmo los cegaba. No veían que luego de hacer la justicia elemental contra los asesinos y los corruptos de la dictadura de Batista —*¡Miseria, mi animal / ya hemos hecho justicia!*, dijo Padilla en uno de sus pocos poemas celebrando la Revolución—, se había instalado el Paredón, la cárcel y el terror permanente. Ahora los perseguidos eran los ex compañeros y los disidentes en desacuerdo con el cambio de rumbo de la Revolución hacia una dictadura marxista fidelista. Y me asaltaban las dudas.

Cuando el periódico *Revolución* se mudó a las modernas instalaciones en Ayestarán, al flamante edificio con los muebles y las prensas nuevas del periódico *Prensa Libre*, expropiado por Fidel, ninguno de mis amigos, ni siquiera en broma, cuestionó la legitimidad de aquel acto. Y yo me sentía confuso.

En fin, como se decía en la nueva jerga fidelista, “yo no estaba claro.”

Cuando visitaba *Lunes de Revolución* me sentía como el cómplice de un delito. Aquel edificio y sus instalaciones, ¿acaso no se les habían sido confiscados arbitrariamente a *Prensa Libre*? Un periódico independiente, liberal y antibatistiano, dirigido por uno de los periodistas más dignos de la República: Humberto Medrano, a quien yo leía. ¿Cuál había sido su delito? ¿Criticar al Comandante en Jefe, y alertar contra una dictadura comunista?

Visitaba *Lunes* como escolta de Padilla, disfrutaba de las pláticas ingeniosas, de la risa y los duelos verbales. Confieso que eran estimulantes, con latigazos de ingenio, y yo me sentía feliz. Sin embargo percibía una precariedad tensa en el *magazín*, y, efectivamente, la fiesta de los irreverentes de *Lunes* la mandó a parar Fidel. ¿Creyeron de verdad que Fidel respetaría su independencia como escritores? ¿Que existiría una libertad crítica revolucionaria? ¿Acaso no había confiscado *Prensa Libre* a sus legítimos propietarios, precisamente por criticar su autoritarismo y sus planes de implantar una dictadura?

En su euforia literaria, mis amigos de *Lunes* se sumaron como alegres rumberos a la comparsa, para enterrar a la República –*Si Fidel es comunista que me pongan en la lista, cantaba la masa enardecida*–. Por descuido o resentimiento sirvieron de sepultureros a los valores democráticos de la República y la Constitución de 1940, que consagraban *la libertad de pensar, de hablar y actuar sin hipocresía*.

En realidad, *ellos* vivían embriagados de euforia vital, estimulados por aquel terremoto histórico, en medio del ruido y la furia revolucionaria. *Al fin, ellos tenían la oportunidad de publicar y poder vivir de la literatura, el arte y de hacer cine.* De escribir sus nombres en la Historia de la Revolución. No se percataron de que la literatura y el arte eran tan solo un engranaje de un proyecto maquiavélico, manipulados por un líder astuto, decidido a inscribir su nombre con fuego y muerte en la Historia.

En una de las visitas que Fidel Castro realizó, en 1959, a la redacción de *Prensa Libre* con su escolta armada, en actitud intimidante le sugirió a Humberto Medrano que las modernas instalaciones de *Prensa Libre* serían ideales para acoger la sede del nuevo *Ministerio de Información*. Si Medrano hubiera pactado con Fidel, probablemente lo hubiera nombrado Ministro de Información. Pero Medrano respondió que no. Cuando Fidel se marchaba con su escolta, volvió a la carga contra Medrano.

–No le falles a la revolución–, lo amenazó.

Y Medrano le contestó valientemente:

–No le falle usted a Cuba, Comandante.

No volvieron a verse. Meses después Fidel confiscó *Prensa Libre*, y Humberto Medrano abandonó Cuba en mayo de 1960, y moriría en el exilio. *Prensa Libre* –¡qué nombre tan simbólico–, se desvaneció. En tanto, el periódico *Revolución* se mudó desde las ve-

tustas instalaciones al lado del Mercado de Carlos III, a las modernas en Ayestarán.

Dos años después vino la paradoja predecible: los que se beneficiaron con la confiscación de *Prensa Libre*, fueron a su vez defenestrados por Fidel, y, en pago por sus servicios, los más afortunados o mejor conectados fueron enviados a misiones en el extranjero (por el momento).

Para entonces, la mentira se institucionalizaba, nos asfixiaba a todos, y el adoctrinamiento empezaba con los niños desde el Kindergarten. A mediados de la década de los '60, la mayoría de la llamada *la generación de Lunes*, eligieron el exilio, incluyendo al director de Revolución, Carlos Franqui, amigo y compañero de Fidel, borrado de las fotos históricas donde aparecían juntos; y al director de *Lunes* (aquel magazín literario de fulgurante y corta trayectoria), el premiado escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, cuya obra fue prohibida y su nombre borrado de la Historia de la literatura cubana.

En un acto de decencia que los honra, ante la evidencia real de que la Revolución se transformaba en Tiranía, ellos la repudiaron y la mayoría terminó en el exilio. Winston Churchill los hubiera aplaudido: *Quien antes de sus treinta años no es socialista, no tiene corazón, quien después de los treinta lo sigue siendo, no tiene cerebro.*

Tres décadas después, a Carlos Franqui le preguntaron en su exilio: ¿Qué le dirías a Fidel, si lo vieras?

El cubanísimo Franqui, respondió: ¡Coño, viejo, cómo arruinaste a Cuba!

Y cuando le preguntaron a Cabrera Infante si volvería, contestó con su hilarante seriedad:

–¡No! ¡De un tirano, tan lejos como puedas!

En un juego de espejos, Cabrera Infante y Carlos Franqui morirían en el exilio, al igual que Humberto Medrano, el director al que sustituyeron en aquel moderno y democrático *Prensa Libre*.

En Miami, año 2018, resisten invictos dos de los más talentosos de *Lunes*, entonces jóvenes prodigios de aquel magazín inolvidable: *Luis Agüero*, periodista y novelista. *Fausto Canel*, cineasta galardonado y novelista. Los dos amigos de Heberto de toda la vida, en las buenas y en las malas. También de *Lunes*, el poeta, narrador y dramaturgo Matías Montes Huidobro –Premio Café Gijón, 1997, con su maravillosa novela *Esa fuente de dolor*–, quien además de su monumental obra como escritor ha sido un divulgador entusiasta de las letras cubanas, fundador de revistas y de editoriales.

–El amado Padilla– dice Luis Agüero ahora, con una sonrisa afectuosa, al recordar al poeta, cuando le di a leer este manuscrito.

Así influía Heberto en el ánimo de sus amigos y de sus enemigos: *nos hacía sonreír, o rabiar*.

Al leer este capítulo, Luis Agüero me responde que yo estoy equivocado: “Nosotros no éramos tan ingenuos, sabíamos a lo que nos exponíamos. Pero queríamos influir positivamente en el rumbo de la Revolución y en sus libertades intelectuales, y oponerlos al avance del sectarismo ideológico más radical, mientras nos lo permitieran. Y por supuesto, hacer literatura y publicar nuestras obras.”

Después de una pausa, Luis añadió que ellos sospechaban que la batalla sería inútil: “Cuando fui a ver a Guillermo, después del último viernes negro con Fidel, en la Biblioteca Nacional, me dijo consternado, aunque siempre con su habitual gusto por los juegos de palabras:

—No te resulta simpático que yo fui el hombre que quise ser “lunes”, y ni siquiera pude sobrevivir “al tercer viernes con Fidel”.

Y Luis Agüero le respondió: —No, no me resulta en absoluto simpático.

Guillermo se refería a los tres viernes del mes de junio de 1961, en la Biblioteca Nacional, en que Fidel se reunió con los intelectuales para establecer con claridad las relaciones entre los intelectuales y la revolución. El dictamen del Comandante fue lapidario: *Dentro de la revolución, todo, fuera de la revolución, nada*. Es decir, como escribió el ministro Carlos Rafael Rodríguez, los intelectuales tendrían que apreciar “la hermosa libertad de consentir”.

Quiero viajar y ver el mundo

Pero volvamos a mi conversación con Heberto, en junio de 1962, y las razones pedestres que yo le daba para irme de Cuba.

–Yo quiero viajar y ver el mundo– le dije. –Ir y venir a dónde me dé la gana, sin pedir permiso. Me voy antes de que cierren la salida, antes de que para salir sea necesaria la bendición de este ego maniaco. Me repugna su mesianismo. Me niego a ponerme el uniforme de miliciano, ir a mítines y aplaudir el paredón. Prefiero la alienación de lavar platos en New York o vender arepas en Caracas.

En el transcurso de aquellos tres años de nacionalizaciones, confiscaciones y expropiaciones, el Gobierno Revolucionario se convirtió en el empleador único. Nada más devastador para la libertad del hombre que el monopolio del trabajo por un Estado Totalitario. De modo que en Cuba no existían espacios para sobrevivir económicamente, a no ser fuera de la ley, bajo la vigilancia de los infamantes CDR –Comités de Defensa de Revolución– de la cuadra adonde vivías. Para abreviarlo: o “te integrabas al *Proceso*”, o tenías que irte al exilio.

Entre tanto, Heberto intentaba persuadirme, por última vez, para que no me fuera:

—Este es el desafío histórico más importante de nuestra Historia, y deberías darle una oportunidad— me dijo, muy serio: —Tú mismo siempre has dicho que el capitalismo es un sistema canallesco.

—Lo es y lo será. Pero al menos, te dejan respirar, trabajar y protestar... Lo siento, pero yo me voy.

Heberto opinaba que yo estaba dando un salto al vacío, ahora con mi esposa y mi hijo. Sin embargo, al final aprobó mi decisión con una sonrisa de pesadumbre. (Éstas no son mis memorias, si les cuento ésta u otra anécdota es sólo para ilustrar la nobleza y la generosidad de Padilla, y cuánto se preocupaba por ayudar a quienes él consideraba sus amigos verdaderos.)

—En fin— dijo él. —Si eso es lo que quieres.... ¿En qué puedo ayudarte?

Ni mi esposa Neisy, ni yo, teníamos familia en La Habana para despedirnos o llevarnos al Puerto. Y Heberto se ofreció.

—¿Cuando sale el barco?— me preguntó.

—En la primera semana de junio.

—¿Puedo organizarte una reunión de despedida con los amigos?

—Sí, gracias, ¿pero vendrán...?

Un Heberto de repente risueño alzó una copa imaginaria en el aire:

—¡Y yo brindaré por el novelista que se salvó del naufragio!

Repito: esta era otra de sus virtudes, cancelaba la

tristeza o el drama del momento con una frase, o una carcajada. Yo lo amenacé con el puño:

-¡Qué novelista, ni un carajo!

Borges, Padilla y el barroco

En los '80, cuando Heberto Padilla viajó a Buenos Aires a la Feria del Libro, aprovechó la ocasión para conocer a Jorge Luis Borges. Su almuerzo con el autor de *El Aleph* lo dejó plasmado en un breve artículo de tal plasticidad que el lector compartía el almuerzo y la curiosidad de un Borges que se mostró agradecido del placer de la comida y “*el lujo de comerse un panecillo*” que el médico le tenía prohibido. Esta fue la única pudorosa referencia de Borges al hecho de que padecía un cáncer terminal.

El Nuevo Herald publicó la foto del anciano Borges con Padilla sentados a una mesa con un mantel blanco en un restaurante de Buenos Aires. Dos genios de la literatura: el anciano argentino de poemas pulcros y gran fabulador de sorprendentes narraciones, y el poeta cubano que estremeció con sus poemas al universo de “lo político correcto”, y provocó la ruptura de la mayoría de los intelectuales del mundo con la Revolución Cubana.

Pero volvamos al restaurante, donde el argentino maldecido por las izquierdas, y el cubano maldecido por la izquierda y la derecha, conversaban. Antes de sentarse a la mesa sucedió una anécdota simpática: Borges elogió por elegante el British tweed que vestía

Padilla, que se limitó a darle las gracias, sin explicarle a Borges que se trataba de un traje viejo usado, donado a los pobres, que Belkis le había comprado en el *Salvation Army* de Elizabeth, NJ.

Borges se interesó más por los avatares del poeta en un calabozo de Castro, que en hablar de su obra o de sí mismo. Cuando Padilla le explicó que para contar el tiempo, “marcaba los días en la pared haciendo rayas con una cuchara”, a Borges le fascinó esa imagen de un poeta en un calabozo tapiado, creando la magia donde vida y literatura se confunden.

Padilla en un poema: *Y la pared garabateada a punta de cuchara / nombres / fechas / despedidas / pedazos de oraciones...*

En cuanto vi a Padilla lo felicité por “*Los libros y la larga noche*”, el título con que se publicó su artículo en *El Nuevo Herald*. Padilla me miró con un gesto de cansada resignación:

–Ese no era el título, lo cambiaron.

–¿Y cuál era entonces?

–*Los libros y la noche*–, me contestó.

De súbito comprendí que Padilla había citado como título los versos del “*Poema de los dones*”, del propio Borges, cuyas primeras cuatro líneas describía con irónico estoicismo una ceguera que, como ya sabemos, casi la transformó en un don.

*Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría*

*De Dios, que con magnífica ironía
Me dio a la vez los libros y la noche.*

–¿Y por qué lo cambiaron?– le pregunté.

Padilla repitió la mueca de resignación:

–Un editor que no respeta el sustantivo y se saca un adjetivo de su cerebritito para darle brillo.

–¿Y por qué le das tanta importancia a una sola palabra? Vaya, no es para ponerse triste.

–Un adjetivo de más puede joder un poema. Es como un mojón sobre un piso de mármol blanco.

Padilla siempre me daba lecciones, pero yo era un alumno mediocre. En este instante, su espíritu se asomó sobre lo que escribo, y de nuevo me regaña:

–¿Otra vez, Benigno? Ya te lo he advertido antes, que nunca te calumnies ni te subestime, tus detractores se tomarán el placer de hacerlo por ti.

Años atrás, en su primera juventud en Norteamérica, cuando en New York se consolidó la influencia inglesa en su poesía, Padilla escribía su hermoso y largo poema sobre William Blake... Hubo unos versos en ese poema que yo nunca olvidé, no porque fueran sus mejores, sino porque lo mismo sentía yo, cuando de noche, releía los poemas de Heberto, que era como si escuchara su voz: *Esta noche me basta tu silenciosa presencia. / En mi cabeza turbada, / tu poesía alumbra mejor que una lámpara / sobre mis círculos de miedo.*

Pero regresemos a Borges y Padilla.

Ya desde su juventud, Padilla definía el barroco como la epidemia maldita de la literatura en castellano. Cuando lo conocí, la generación de *Orígenes* ya había dejado de interesarle, y una vez que los mencioné, se burló despectivamente: *están enfermitos desde su origen*.

Heberto me contó sobre su viaje a Buenos Aires, satisfecho y hasta sorprendido por la buena acogida y la extrema amabilidad de los argentinos. Y al final aclaró la razón de su sorpresa: *Ellos no me guardaron rencor por las cosas desagradables que dije de su país en mi novela*.

Aquel viaje había tenido por objeto principal la promoción de su novela, *En mi jardín pastan los héroes*, donde en la primera página el narrador habla de instalar *una oficina de primeras alarmas* (contra los tiranuelos), en *lugares más bien remotos y paródicos, como la Argentina, por ejemplo*. A esto se refería Heberto, aunque es muy probable que el propio Borges hubiese suscrito aquel sarcasmo –en “*El otro*”, Borges dice de la Argentina: *Cada día que pasa nuestro país es más provinciano; más provinciano y más engreído*–.

Borges y Padilla, dos genios de la poesía que compartían dos experiencias en común: la influencia decisiva de la literatura inglesa en sus obras, y su aversión al barroco en castellano. Con la diferencia que el argentino no tuvo que enfrentar a un leviatán magistral como Lezama Lima. Igualmente era famosa la definición mordaz que Borges hiciera de ese estilo:

Barroco es todo arte que limita con su propia parodia; y su conocida burla sobre Gracián no pudo ser más cruel: Helada y laboriosa nadería, fue para este jesuita la poesía.

Estas burlas sobre el barroco, reflejaban por lo general la bronca de los jóvenes que irrumpían en la literatura en busca de un espacio para consolidar el cambio generacional, y una diferente visión del arte y de hasta cómo debe vivirse la vida. Y en ese contexto recuerdo unas simpáticas octavillas de Quevedo, que ridiculizaban a Góngora:

“Poeta de ¡Oh, qué lindico!, / verdugo de los vocablos, / que a puras vueltas de cuerda / los haces que digan algo”... , etcétera.

Entre el joven Quevedo (1580) y Góngora (1561) había casi veinte años de diferencia en edad, aproximadamente casi la misma que existía entre el joven Padilla (1932) y Lezama (1912). En un tango veinte años no son nada, pero en la literatura se produce una nueva generación que, inevitablemente, desafía a la anterior. Son como las leyes que rigen la interacción gravitacional de los astros que giran desafiantes en sus órbitas, atrayéndose los unos a los otros, en esa inmensidad sin fin del Universo.

“Ese párrafo es mierda, bórralo”, me ordena el espíritu de Heberto.

Y le respondo: “La mierda también tiene su risa, su función sagrada y su divertida teología”.

La refriega contra Lezama

En cuanto a Padilla, sus objeciones a la obra de José Lezama Lima no podían ser más conceptuales y concretas –en lo personal, simpatizaba con el Lezama de carne y hueso, y respetaba su inmensa erudición–: *sus posiciones estéticas, por parecerme de un provincialismo desmesurado, no las podía compartir... Él rebasaba estas clasificaciones (de estilo) con una impresionante desmesura; era, para decirlo a su modo, un tenaz pregonero de lo inaudito, de lo deslumbrante. Cada vez que me acerqué a su sistema poético, a "sus doctrinales del anémona", me sentí remitido con violencia al ámbito puramente verbal que era su reino.*

Es un argumento similar al que él usaría contra Góngora: *"Yo no considero que un enmascaramiento permanente de la realidad sea la poesía, y por lo tanto creo que el gongorismo es un error que vamos a pagar durante mucho tiempo... Quevedo es el gran poeta que yo prefiero."*

No solo en la poética existía un abismo entre Lezama Lima y él, otro tanto sucedía con sus vivencias: Padilla era un aventurero que recorrió medio mundo, trabajó en diferentes países y oficios, y tuvo múltiples

amantes. Lezama Lima tuvo una vida más bien estática y libresca; en cuanto a sus amantes, más vale callarnos. Sus obras en cierto modo reflejaban este abismo vital de sus vivencias existenciales. Eran como Joyce y Hemingway: dos vidas diferentes, dos obras diferentes. Ambas válidas. Que elijas a uno como tu preferido, no anula al otro.

Padilla tomaría de sujeto a Lezama para dos de sus poemas; el primero en *El justo tiempo humano* (1962-64), donde incluyó también a Nicolás Guillén, situándolos a los dos en la escena de los cambios revolucionarios, y, como si se tratase de un sainete, apropiadamente lo tituló: "*En la Corte de Luis XIV*":...
...¡Oh, encerrad a los niños / que va sonar la media-noche! / ¡Tapadles los oídos, suprimidle la escena!...
/ *En su cama de fieltro / el poeta frondoso arde, quemado / por las nuevas disposiciones. / Para el poeta admitido, tres estatuas, / una taberna en el sur de Italia, / y todos los viajes...*

Con "el poeta frondoso" (frondoso en lo corporal y verbal), se refería a ese Lezama, a quien la Revolución nunca le dio permiso para viajar, ni siquiera para recibir un premio literario. Con "el poeta admitido", al popular Nicolás Guillén, el viejo miembro del Comité Central del Partido Comunista que le dedicara un poema a Stalin, nombrado por Fidel Castro Presidente de la UNEAC, cargo que ocuparía hasta su muerte. Guillén disfrutó de todos los privilegios que otorgaba la Revolución a sus cuadros, "el de priorizado" a todos

los niveles, incluidos viajes a Congresos Culturales, y premios recibidos.

El segundo poema (1968), que formó parte de *Fuera del Juego*, es ya un homenaje a Lezama Lima, donde al fin acepta la legitimidad de un sistema poético que jamás compartiría: *Hace algún tiempo / como un muchacho enfurecido ... / me detuve a la puerta de su casa / para gritar que no, para advertirle / que la refriega contra usted ya había comenzado... / Usted observaba todo, / imagino que no dejaba usted de fumar grandes cigarros / que continuaba escribiendo entre los grandes humos... / Y qué pude hacer yo / si en su casa de vidrio de colores / hasta el cielo de Cuba lo apoyaba.*

Alguno quiso ver en este poema un acto de oportunismo literario, por cuanto Lezama era uno de los miembros del jurado que premió su libro. No percibieron el hecho decisivo que las rencillas de estilo eran ya insignificantes comparadas con el hecho que tanto Lezama como Padilla militaban en el mismo bando: los que se resistían a que la literatura y el arte se convirtieran, como exigía Fidel Castro, en serviles instrumentos políticos. Por lo tanto, los dos luchaban contra esos que odian a la poesía. ¿Qué mejor razón para sentirse hermanados?

Ahora Padilla reconocía a su semejante en aquel Lezama que se conducía con una valentía y dignidad ejemplar, atrincherado en sus herméticas metáforas oraculares, contra un enemigo implacable, maligno,

infinitamente poderoso, capaz del crimen y la infamia. Lezama y Padilla no compartían posiciones estéticas, pero sí su amor por la poesía.

Borges, Lezama y Padilla, tres aventuras literarias y espirituales dignas de ser estudiadas por las futuras generaciones.

***De dónde sacó todo ese dolor,
este jodedor***

En 1962, la UNEAC le publicó a Heberto Padilla su primer libro importante de poemas, *El justo tiempo humano*, que de golpe lo situó entre los mejores poetas en castellano del siglo XX. *Es un libro integrado por algunos poemas salvados de libros sucesivos que nunca vieron la luz, porque no me resignaba a pagar la edición por mi cuenta, en tiempos que en Cuba no había editoriales; son poemas que nacieron en países diferentes y fechas distintas entre los años 1955 y 1961, nos cuenta el propio Padilla.*

La edición se agotó rápidamente, y en 1964, la UNEAC, imprimió una segunda edición, caso insólito para un libro de poesía.

Cuando en 1962 salió la primera edición, Heberto vivió la exaltación de su felicidad. Una mañana lo acompañé a la librería La Tertulia, sitio donde a menudo nos topábamos con otros escritores y poetas. Esta vez fue con Alejo Carpentier. Desde antes entre el novelista y el poeta existía una enconada amistad. De modo que se entabló un duelo verbal de chanzas y bromas. Finalmente, Heberto aprovechó la ocasión para dedicarle el ejemplar de *El Justo Tiempo Humano*, que el gran novelista cubano había comprado.

Casi enseguida Alejo Carpentier se marchó, y nosotros también. Ya en la calle, un Heberto aún excitado y feliz por haber encontrado a Carpentier con su libro de poemas en la mano, casi me gritó:

—¡Cuando lea los poemas, se va a preguntar!: ¿De dónde sacó todo ese dolor, este jodedor?

Estas palabras permanecieron en mi memoria, porque el propio Heberto había planteado ese enigma poético paradójico: *¿De dónde sacó todo ese dolor, este jodedor?* Es decir, ¿qué conexión podía haber entre el jodedor que Carpentier conocía y la visión desgarrada y trágica de sus poemas?

Aparentemente, ninguna. Parecían escritos por “otro”, no por el Padilla malicioso y chispeante que lo hostilizaba con pullas ingeniosas. Sin embargo, suele ocurrir que el jodedor sea un disfraz para proteger esas zonas en carne viva de nuestros círculos de angustia y de miedo.

La risa del payaso ha servido como una máscara, para ocultar un alma melancólica y triste.

Desde muy joven Heberto jugaba a imitar, representar y fingir las voces y el estilo de los escritores y poetas de su tiempo. Podía imitar al propio Carpentier con sus columnas arquitectónicas, al Lezama Lima con sus doctrinales del anémoma, o a Nicolás Guillén con sus rimas de bongosero afrocubano.

Recuerdo que Jorge Edwards mencionó a “un pomposo Padilla”, en *Persona non grata*, y no pude menos que sonreír, porque Edwards no percibió que

lo hacía por diversión, y cito a Edwards para que el lector juzgue: *...como diría Padilla con un dejo de pomposidad y de provocativa malicia, echando bocanadas de humo de su tabaco habano.*"

¿Pomposo Padilla? Todo lo contrario. Él más bien ridiculizaba la pomposidad. Para nuestro regocijo, una noche remedó la voz parsimoniosa del poeta Pablo Neruda –Premio Nobel, Senador, miembro del Comité Central del Partido Comunista Chileno, autor de un poema famoso a Stalin: *Que despierte el leñador*, y condecorado en 1953 con *Premio Stalin a la Paz*, etcétera.– Aquella semana Neruda recitó sus poemas en el salón de actos de La Casa de las Américas (1959), y Padilla lo imitaba, acentuando la cadencia solemne del autor de *Canto General* –Guillermito diría *Canto al General*.

Guillermito usaba las aliteraciones y el oxímoron para divertirse, recursos literarios válidos, pero Padillas jamás los utilizó como un instrumento en su obra. Su prosa y su verso eran *más directos que un objeto*, o mejor aún: como un bisturí aséptico, al igual que Kafka, para extraer la esencia recóndita de las actitudes humanas: *el-ser-en-la-poesía*, diría Heidegger, en su cursi *el-ser-invisible que aparece y desaparece, ese-ser-inalesable*.

Jerga idiota para embelesar a académicos, si no la entiende, pues sí, *el-ser-en-sí*, riase, sí.

El espíritu de Padilla se asoma sobre mi escritura y me ordena: *–Borra eso, es ridículo que pretendas ser lo que no eres: un filósofo.*

-Tienes razón, pero me divierte tirar piedra a las casas de cristal-, le respondí.

En mi lectura de *Persona non grata*, el retrato que Edwards hizo de Heberto Padilla, me pareció más bien una caricatura. Y sabemos que las caricaturas deforman, lo mismo en sentido positivo que negativo, dependiendo de los sentimientos del artista hacia el sujeto de su caricatura. Y en el caso de Edwards, existen evidencias posteriores que demuestran cierta antipatía por el poeta Heberto Padilla.

Y para allá vamos.

Cambiar la vida por dinero

En 1983, en un terreno pequeño en Coral Gables, Miami, mi socio Ernesto González me construyó una casa de dos plantas, de 3800 pies, en forma de L con un techo catedral en la sala comedor, y una piscina rodeada de un piso de saltillo mexicano rojo, integrada en el espacio vacío de la L; la piscina era visible en la planta baja a través de las puertas deslizantes de cristales. Incluido el terreno, todo costó 180 mil dólares. Cinco años después, la vendí en 300 mil –una década después, vino la burbuja inmobiliaria, y su valor se disparó hasta un millón.

En 1984, Heberto vino a pasar unos días a Miami, y creo que durmió una noche en Coral Gables. Cuando entró en la casa, lo observó todo con irónicos gestos de aprobación. Luego nos sentamos frente a la piscina a tomarnos los whiskies que Neisy nos había servido.

–Antes que nada– me dijo –, quiero aclararte que yo no tengo *“nada que oponer a todo esto”*– y con un gesto de su brazo abarcó la casa, los muebles, la piscina y el Toyota nuevo en que lo traje, y entonces me preguntó, muy intrigado:

–Solo quiero que me digas: ¿Cómo lo hiciste?
Yo lo miré compasivamente.

–Es fácil: cambias tu vida por dinero. Es decir, tú montas un negocio, y le dedicas diez o doce horas diarias por diez años.

Heberto pareció decepcionado con la fórmula de “cambiar tu vida por dinero”.

–La alienación de Sísifo, ¿verdad?– le dije.

Heberto hizo una mueca.

–Depende, en tu caso tuvo recompensa; el dinero te ha liberado de la preocupación, ¿no es así?

Esta vez, le sonreí yo con ironía:

–Te equivocas, el dinero se transforma en “tu preocupación”. Peor aún: lo que posees inexorablemente forma parte de tu ser: si posees un auto, también el auto te posee a ti. Si posees dinero, el dinero te posee. Una especie de *quid pro quo*. O tu pecado será tu castigo, como dijo Tomás de Aquino, al que de joven lo llamaban “el mulo Aquino”.

Un Heberto incrédulo, con un sorbo del whisky en su mano, soltó una carcajada retadora:

–Es posible, pero dame el dinero, y te garantizo que yo no me preocuparía.

Esta vez la carcajada fue mía:

–¡Ja, ja, já! Claro, lo botarías en tres días.

Después, la conversación tomo otro derrotero.

–Nunca te imaginé de propietario en Miami, decías que no te gustaba esta ciudad, y que te desagradaba el exilio cubano patriotero.

–Es cierto. Pero decidí que *si esta es la mierda que somos*– y con un gesto intenté abarcar toda la ciudad

con sus cubanos –yo estoy en la obligación de asumirla... Alegremente, si es posible.

Padilla, como respuesta, contestó en paráfrasis los versos de un poema de Cernuda cuya letra exacta ignoro: *Nadie escoge el país, ni tampoco su lengua, ni la cultura adonde nace, ellos nos son dados como un Don o una Condena. Y el poeta las sirve fielmente, si es posible.*

La elocuencia del poeta

Sucedió en la Librería Universal, en Miami, donde a menudo se formaban tertulias literarias. Resulta que Heberto Padilla había estado esa mañana en la librería, manoseando libros, leyendo de pie junto a los estantes, y yo le pregunté a Juan Carlos Castellón (el encargado de la librería y a su vez novelista), qué le había parecido Padilla.

Juan Carlos hizo mueca despectiva —esas muecas formaban parte de su ácido cinismo de un intelectual radical de derecha.

—Anduvo por ahí revisando libros, intenté conversar con él, pero tenía la cabeza literalmente metida dentro de un libro, y solo me contestó con monosílabos. Me pareció un tipo opaco, triste, sin esa lucidez verbal que tú le atribuyes.

Entonces, desde un rincón lejano, la escritora Hilda Perera que nos escuchaba, irrumpió de súbito en nuestra conversación:

—¡Padilla es el hombre más elocuente que yo haya conocido!— dijo hacia nosotros, en un tono categórico, dispuesta a defender su opinión.

La opinión de Hilda Perera estaba respaldada por su prestigio de cuentista y de novelista. Además yo admiraba la perfecta y delicada belleza de su rostro,

y sus cultos modales elegantes. Confieso con pesadumbre que no tuve la oportunidad de disfrutar de su amistad.

Más tarde le comenté a Padilla las dos opiniones. La que más le interesó no fue la admirativa de Hilda, sino la negativa de Juan Carlos. Con un gesto de desaliento, negó con su cabeza de poeta:

—No podemos despreciar a ningún interlocutor, por humilde que este sea. Deberíamos estar siempre alertas..., pero eso es imposible.

Edwards no rima con Padilla

U nos años después, Jorge Edwards, publicó un artículo sobre una conversación en New York con escritores norteamericanos, donde participó también nuestro poeta. En su artículo, Edwards lució sorprendido por el perfecto inglés de Padilla. Sin embargo, este reconocimiento no lo hizo sin clavarle la banderilla de que en inglés era igualmente “*grandilocuente*” –es decir, le reconocía la destreza en este idioma, pero de inmediato la anulaba–. Yo le comenté a Padilla este curioso artículo:

–Jorge Edwards se sorprendió de tu dominio del inglés, pero de paso añadió que ese dominio venía acompañado de *tu habitual grandilocuencia*.

Padilla se encogió de hombros:

–¿Y por qué no solamente “elocuencia”?

–Es el reconcomio de la envidia. Definitivamente ese chileno, diplomático *dolce vita*, no simpatiza contigo. En *Persona non grata*, el retrato que hizo estaba contaminado por la antipatía. Te retrató a ti como un histérico, que junto con Belkis se turnan para proteger el manuscrito de tu novela *En mi jardín pastan los héroes* de las garras de la policía política.

De súbito, Padilla se puso melancólico:

-¿Quién sabe, Benigno? En aquel tiempo anterior a mi detención, vivíamos una angustia sin sosiego, y "ese polichinela" que Edwards describe, quizás fue mi esquizofrenia del momento. Edwards era un ingenuo, creía que estaba en París o en Chile, no entendió los peligros a que se exponía reuniéndose conmigo. Pero, al final, se fue de Cuba y nada le pasó, y escribió sus memorias. Nosotros nos quedamos, sufriendo las consecuencias de su libro.

Persona non grata

Jorge Edwards es un escritor chileno que mereció engancharse en el último vagón, cuando partió el tren del boom latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX. Y digo mereció, porque *Persona non grata*, su obra más emblemática, es uno de los libros más relevantes de aquella generación. Se trata de una crónica donde nos narra sus avatares como el primer Encargado de Negocios de Chile en Cuba, cuando el recién estrenado gobierno socialista de Salvador Allende (1970), restableció sus lazos diplomáticos con la Cuba comunista de Fidel Castro, y envió a Edwards con esa misión.

Hace unos años, le pregunté a Belkis qué opinaba de Jorge Edwards y de su libro *Persona non grata*. Ella hizo una mueca de disgusto:

—¡Ni me lo menciones, ese hombre nos hizo mucho daño! ¡Él vino con sus fiestas y borracheras a sonsacar a Heberto, y a empeorarlo todo!

Entiendo a Belkis. Es verdad: Edwards se marchó lejos del campo de concentración vigilado por los celosos guardianes, y desde París o Barcelona, era fácil escribir con valentía. En cambio, Heberto y Belkis, se quedaron en La Habana en las garras implacables de

la Seguridad del Estado. Sin proponérselo, el chileno le sirvió con su libro de informante a la Seguridad. Con su testimonio, revelaba detalles adicionales que sirvieron a “los encargados” del Caso Padilla, para clavarle el último sello al sarcófago:

¡Confirmado y cerrado: “Traidor a la Patria”!

Desde este punto, Belkis tenía razón: la presencia de Edwards aceleró el destino marcado de Padilla (en, Madrid, cinco años antes, le advertí que aquel juego era peligroso). En fin, lo sacaron de su cama donde dormía con Belkis, registraron la casa en busca de la novela, le incautaron cinco copias del manuscrito —uno se salvó de milagro—, lo acusaron de contrarrevolucionario, y después en los calabozos de Villa Marista, tuvo que enfrentar implacables interrogatorios y torturas de policías eficientes, bien entrenados por la KGB rusa (*Comité para la Seguridad del Estado*) con una larga experiencia en quebrar almas. En Cuba lo único que funciona y se ha perfeccionado es el arte del espionaje y la represión.

“Esos compañeros esforzadísimos, que he aprendido a amar y respetar”, se burlaría Padilla.

Persona non grata: pese a la dispareja calidad de su narrativa —escenas vívidas y otras confusas, análisis cándidos y otros inteligentes— es un libro que no solo es instructivo y divertido, es también un testimonio importante para estudiar aquellos años nefastos de la Revolución, entre 1968 y 1971, cuando Fidel Castro decidió que no podría sobrevivir sin el apoyo

económico y técnico de la URSS. Y no solo aprobó la invasión a Checoslovaquia por los tanques rusos, la aplaudió. Y en su afán por congraciarse con Moscú llegaría a afirmar que el Comité Central del PCUS y su Secretario *¡nunca se equivocaban!* En una hipérbole propia del realismo mágico, Castro confundió al *Kremlin* con el Vaticano, y a *Brézhnev* le atribuyó la infalibilidad del Papa.

Da para una sonrisa, ¿verdad?

Lo cierto es que, como de costumbre, eran tiempos difíciles en La Habana, de tensa vigilancia y de espionaje. Y Jorge Edwards se comportó como un literato más ansioso por reunirse con sus amigos cubanos: Padilla, Lezama, César López, y los otros, que dedicar su tiempo a los intelectuales funcionarios del régimen (Lisandro Otero, Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes y demás).

En parte, quizá, porque su gran amigo y maestro Pablo Neruda lo había instruido para que no se tratara con "aquellos sargentos de la cultura" que, por órdenes de su amo, Fidel Castro, se atrevieron a publicar una carta de repudio contra el más famoso poeta de Chile, donde lo acusaban de lacayo del Imperio, solo por aceptar una invitación del prestigioso *Pen Club de New York* (1966).

En *Persona non grata*, uno de sus capítulos más interesantes, *Fiestas*, nos sirve para ilustrar al lector el impacto que tuvo la presencia en La Habana de Jorge Edwards sobre Padilla y sus amigos y, en menor

grado, sobre Lezama, ese Buda cubano oracular cuya erudita locuacidad enloquecía a los espías de Castro—cuando escuchaban las grabaciones, sospechaban de su jerga hermética—.

Pero citemos a Edwards:

El día de mi llegada a La Habana, Fidel había anunciado que ese año suprimirían las fiestas hasta después de terminada la zafra. Sin embargo, en vísperas de la Navidad me llegó un enorme pavo. Después encontré en mi habitación un gran canasto atiborrado de pescado y mariscos, envió de Fidel... Hablé del pavo con algunos amigos, que pusieron ojos de asombro y codicia, y se resolvió cocinarlo en casa de César López... Del almacén para diplomáticos (yo) había sacado ensaladas, condimentos, frutas y vino chileno y español.

Es decir, el Primer Encargado de Negocios de Chile, cuya misión consistía en reabrir y normalizar las relaciones diplomáticas de Chile y Cuba, su primer acto oficial, cuando desembarca en La Habana, fue salir corriendo en busca de sus amigos, cuyas actitudes críticas contra la Revolución eran notorias y públicas, en especial Heberto Padilla (dejémoslo en claro: personalmente simpatizo y aplaudo el hecho de que Edwards fuese primero a abrazar y divertirse con sus amigos, colegas intelectuales, y dejar su misión diplomática oficial de segundo). Estoy persuadido de que es una buena persona.

Para colmo, en aquel país de escasez y hambre, Edwards organizó un banquete pantagruélico para

festear su reencuentro con sus amigos caídos en desgracia con la Revolución. Un banquete con botellas de vino que, además, como descubriremos más adelante, en parte fueron pagados por la Seguridad del Estado, como cortesía revolucionaria para con el nuevo Encargado de abrir una misión diplomática, crucial para Fidel, por tratarse del único gobierno socialista en Suramérica, el Chile de Allende).

Veamos cómo Edwards describe la fiesta:

Lezama comía... con una mano regordeta junto al vientre y de los enormes y flácidos muslos. Comía y hablaba sin parar con esa voz de entonación monótona, o más bien ritual, listo para recuperar el aliento, amenazado por el asma, y engranar con otra... que podía prolongarse, salpicado de alusiones históricas y citas librescas, hasta el infinito.

Heberto Padilla contemplaba el curioso espectáculo dentro del contexto de la Revolución y se refocilaba de gusto, saboreando incluso, con destellos de inteligente malignidad que le brotaban de los ojos, el anticipo de lo que podía convertirse en una crisis dramática. Hablaba de la Historia con mayúscula, relamiéndose y sobándose las manos, como si descubriese un placer masoquista en someterse a sus implacables engranajes, mientras levantaba una copa de vino español Paternina y se aprestaba a encender y saborear un Montecristo que yo había obtenido especialmente para él en el Diplomercado.

Un retrato que, aunque impacta por tremendista, es más bien mal intencionado, acentuando una visión caricaturesca negativa de Padilla, por las palabras que elige: “se refocilaba”, “destellos de inteligente malignidad le brotaban de los ojos”, “sobándose las manos con un placer masoquista”. En fin, yo conocí a un Heberto que usaba analogías agudas, a veces diabólicas por su lacerante pesimismo, hirientes por su lucidez, pero jamás a ese ser maligno y mucho menos masoquista. Por supuesto, Edwards está en el derecho a dar su opinión.

Edwards, al final, condena a Padilla:

Aquellos placeres inocentes adquirían en Cuba... un cariz casi pecaminoso, que los hacía doblemente atractivo, y que nos arrastraba al despeñadero, en una caída vertiginosa de la que ni siquiera teníamos una conciencia muy lúcida. Para Heberto Padilla, la caída terminaría en la cárcel y en la autocrítica que conocemos. ¡Más le hubiera valido no jugar con fuego!

Esta caída vertiginosa plantea interrogantes: ¿Es Edwards tonto, ingenuo o irresponsable? Por mi parte aplaudo que se saque las botellas de whiskies de su closet como un mago, que se emborrache y se divierta con sus compañeros de letras. Al cabo, nada más estimulante para un escritor que charlar de literatura,

con erudición e ingenio. Pero que, ¿al final acuse a Padilla de “jugar con fuego”? Por favor, ¿quién facilitó aquel banquete, y prendió la mecha? ¿Acaso no fue él mismo quien puso la comida y la bebida?

Como lo dijo ya antes Belkis: *“¡Ese hombre vino, con sus fiestas y borracheras a sonsacar a Heberto, y a empeorar nuestros males!*

Imaginen a esos “escritores caídos en desgracia”, hambrientos por los racionamientos de un país en guerra contra el imperialismo –el pretexto de todas las economías comunistas para justificar su ineficiencia–. Entonces llega nada menos que el Primer Encargado de Negocios de Chile en Cuba (de facto, el Embajador), los busca y abraza como hermanos, un acto que ellos interpretaron, justamente, como un espaldarazo intelectual y moral.

Luego, les regala las vituallas para las “fiestas” de Navidad. Lo más normal fue que ellos se sintieran alentados y protegidos por quien era prácticamente un Embajador de un país socialista; y segundo, que se sintieran inclinados a confiarle sus críticas, a hablar de la censura y fanatismo burocrático en la cultura, y de advertirle sobre los peligros que lo acecharían en el tenso aire de miedo y de delaciones políticas que se respiraba en La Habana.

... Padilla me había dicho, a los pocos días de mi llegada: “No hables nada. No confíes en nadie. Ni siquiera en mí. Pueden sacarme cualquier cosa en cualquier momento.”

Por lo visto Padilla conocía bien la situación y se conocía, además, a sí mismo... Él no resistió mucho tiempo... y dejó muy mal parados a los que tomaron su defensa.... ¿Por qué hablar tanto, entonces? ¿Por qué no haber hecho como los que reconocían sus limitaciones, incluso su miedo, y haber guardado silencio? (Pág. 84 y 85.)

De hecho, Jorge Edwards acusa al poeta Padilla porque no reconoció sus limitaciones, incluso su miedo, y que mejor guardara silencio. Entonces, ¿qué quería? ¿Que se callara la boca? ¿Y acaso no es aún más cobarde, quien calla por miedo? Sinceramente me asombran las recomendaciones del escritor chileno. Incitan a la auto censura, que es la más cobarde de las censuras, porque nos convierte a todos en hipócritas. Y recomienda que un poeta no escriba, que no publique, que no hable su verdad, si siente miedo; sobre todo, si no es capaz de soportar las torturas. Yo creo todo lo contrario: a pesar de que no era un héroe y de tener miedo, Heberto se comportó con valentía: ¿Qué otro poeta de su calidad se atrevió a desafiar a un tirano, y *al credo sacralizado de su tiempo*, con la agudeza, la elegancia y la lucidez de Heberto Padilla?

Entonces, en su decente candidez, Edwards, que habla tanto de prudencia y valentía, nos confiesa algo que sin duda es una paradoja: su miedo.

... En esos días yo estaba intensamente afectado por la sensación de vigilancia policial continua, que me había llegado a provocar un insomnio persistente y

una dificultad física de respirar, acompañada de dolores de pecho y de la sensación de un inminente ataque cardíaco..." (pág. 287, Grijalbo, 1976.)

Edwards confiesa con candor que estuvo al borde de un infarto de tanto terror que sentía, del miedo que sentía, a pesar de gozar de inmunidad diplomática, y del respaldado de sus superiores en el Ministerio y hasta de su presidente Allende. Es decir, a pesar de ser un intocable como diplomático de una nación amiga, que ni la policía ni Fidel podían tocarle uno de sus cabellos, a pesar de ser invulnerable, se estaba muriendo del miedo.

Entonces, ¿con qué carajo reclama? ¿Cómo pudo condenar a Padilla –cuyos testículos sí estaban expuestos a las patadas–, por haberle advertido los peligros a que se exponía? ¿Le mintió acaso?

Luego ridiculiza a Padilla por vivir *sobre excitado, enloquecido, y por desafiar unos supuestos micrófonos empotrados en los rincones*. Luego se comprobó que sí existían, que el poeta tenía razón.

Por último, su excelencia, entre las muchas cosas inteligentes que escribió, mezcló tonterías e ingenuidades. Por ejemplo, le creyó a Fidel que de ahora en adelante (1971) las decisiones serían discutidas y compartidas democráticamente. Puras excusas del Comandante en Jefe para repartir la culpa *a posteriori* de aquel gigantesco fracaso, cuando empeñó su liderazgo, y al país entero, en un esfuerzo descomunal y costoso por aquella estúpida Zafra de los Diez Millones.

Es penoso que un libro tan valioso, termine con las ingenuas esperanzas de que la Revolución Fidel pudiera democratizarse en el futuro. ¿Cómo es posible que Edwards, después de haber visto de primera mano el ego arrollador y narcisista de Fidel Castro, y el clima de opresión implantado por su régimen totalitario comunista, cultivase la esperanza de que la Revolución avanzaría en el futuro hacia rectificaciones democráticas?

Bueno, sí, eran los tiempos del Credo.

Frijoles negros

Lean como concluye *Persona non grata*, que sin duda es un testimonio y un libro extraordinario de un digno y excelente escritor, pero irremediabilmente cándido en ocasiones.

(En París, 1972)... esperaba vivir lo suficiente para volver a reunirme alrededor de un plato de moros y cristianos, en Cuba socialista... y una botella de vino chileno... (En Barcelona, 1975)... de modo que mantengo, "sin perder la paciencia, ni el optimismo, mi proyecto de comer, en Cuba socialista", con mis amigos, ese plato de frijoles negros y blanco arroz, digno y propio de un reencuentro.

Desde entonces ha pasado casi medio siglo, se

murió Fidel Castro y en Cuba las libertades siguen brillando por su ausencia. Lo lamento, Edwards, pero ese reencuentro nunca va a suceder, sus amigos ya están muertos, o se están muriendo. Y la cola para los frijoles negros es muy larga.

Lo lamento, sinceramente.

Cortesanos en la Corte del Máximo Cabrón

No recuerdo bien por qué fui con Padilla a aquel *chalet* en Miramar, el distinguido y exclusivo barrio de ricos del tiempo de la República.

Lo cierto es que P.A. era un viejo amigo de los tiempos de New York, donde me lo presentó Heberto en 1958, convertido, después que cerraron el magazín *Lunes*, en “un funcionario”, primero como agregado cultural en Londres, después en un burócrata del régimen en una de sus instancias culturales. En fin, fuimos a visitarlo porque le dijo a Heberto que deseaba ver al *maligno* –perdonen la ridiculez, pero era la influencia de Guillermito.

Enfrente al chalet había un frondoso flamboyán y yo quedé impresionado por la exquisita arquitectura de la casa, integrada al jardín por amplias cristaleras. No pude evitar pensar en el propietario original, el burgués que la mandó a construir (canalla o persona decente, lo ignoro), y que tuvo que entregar a la revolución su espléndido hogar como castigo por salir al exilio. En fin, sonreí por las ironías del destino: un poeta sentimental y espiritista que había devenido en

“heredero” de la casa de un burgués, en pago por su servidumbre a Fidel. Por este motivo le di una palmada en la espalda a P.A., con sus cabellos rizados ya grises, para congratularlo.

–Te felicito: Fidel te debe querer mucho cuando te ha regalado esta hermosa casa.

–¡Benigno, tú siempre tan maligno! ¡No has cambiado nada!– me dijo con sus ojos pícaros amarillentos entrecerrados, afectuoso conmigo, y emotivo con todo el mundo.

Nos sentamos en la sala, rodeado de aquel ambiente exquisito intelectual, de libros y pinturas originales en las paredes, iluminados por una luz discreta. Antes P.A. me presentó a X.Z., quien estaba casualmente de visita. Yo, que no había tenido el deshonor de conocerlo, acepté el apretón de una mano blanda y exangüe.

Apenas terminé con P.A. una breve actualización de nuestras respectivas vidas familiares, se reanudó el tema que discutía con X.Z., antes de nuestra llegada: la vida de los indígenas aborígenes de América, y *la necesidad imperiosa de conservar sus costumbres y proteger sus culturas maravillosas de la contaminación de nuestra civilización*. Asunto en el que X.Z., era un especialista.

Por mi conocimiento de cómo vivían las tribus indígenas en su hábitat, en sitios lejanos y remotos de Venezuela, yo era un escéptico respecto “al indigenismo”. La pobreza extrema y las enfermedades endémicas eran consecuencia de sus culturas exóticas por su

primitivismo salvaje, y había sido testigo de sus ansias de bienes civilizados –Vi a Yanomamis navegando por el Orinoco, los vi vendiendo curiaras a un pulpero de San Felix, para comprar una Beretta y otras vituallas; los vi en Barrancas del Orinoco con sus barrigas infladas por los parásitos; o peor aún, aquel cacique guajiro en una aldea remota del Zulia, en la frontera con Colombia, empeñado en persuadir a mi compadre Juan Solías, para que le comprara una de sus hijas menores.

X.Z. se exasperó con mi opinión radical de que esas culturas autóctonas, llamativas para los turistas adoradores de lo exótico, eran tribus salvajes con un atraso primitivo semejante a como vivíamos nosotros, hace veinte mil años. Lo mejor que les podía pasar era integrarlos a la modernidad, conservando algunas de sus tradiciones atávicas. Es decir, cometí la imprudencia de enredarme en una conversación que no me interesaba, solo para fastidiarlos.

A Heberto tampoco le interesaba el tema, y permanecía ausente. De repente X.Z., con la compasión venenosa típica del intelectual que se cree superior al vulgar comerciante, con la intención de descalificarme, me preguntó burlón:

–¿Así que *tú tienes* una fabriquita de confección?
¿Y qué, le vendes ropa a los *yanomani*?

Me encabroné más por su gesto de desdén que por las palabras, y respondí sarcástico, mostrándole dos dedos de mi manaza:

–Una fabriquita no, yo tengo DOS: una de ropa de

hombre y otra de mujer. ¡Ah, y prefiero una fabriquita de mierda a vivir de guataca de un tirano!

La escena versallesca y las sonrisitas sibilinas de X.Z. y P.A., quedaron congeladas. Hubo segundos de estupor. Mencionar "un tirano", en voz alta, en la hacienda del *Comandante*, cayó como un bombazo de blasfemia en el Vaticano. Esperé a que P.A. y X.Z. respondieran, pero seguían aún mudos y perplejos: *¿Qué otra barbaridad irá a decir "este bestia" venido desde Venezuela?*, se preguntarían.

Pero fue Padilla quien, despertando de su letargo, saltó al ruedo: de súbito estalló en sarcásticas carcajadas, se irguió en el sillón desplegando, con sus dos manos en el aire, un cartel imaginario:

—Ja, ja, ja, ¡Imaginen una factoría con este cartel! "¡Hermanos Padilla, *Confecciones!*"

Con su carcajada y el sarcasmo sorpresivo se disipó la tensión. Todos rieron, de repente relajados. X.Z. alzó el rabo de su silla y con un manotazo en el aire hacia Heberto, le celebró la gracia:

—¡Ay, Heberto, yo te amo! ¡Tú tienes unas salidas adorables!

Ellos sonreían divertidos. Yo no: aún corría una fría rabia por mis venas. Las carcajadas de Padilla fueron un bálsamo, pero como me sentí ridiculizado, por poco le devuelvo el sarcasmo. Por unos segundos, estuve a punto de decir en su contra: "¿Quizá no sería más apropiado que el cartel anunciara: *Confesiones Padilla, C.A.?*"

Pero me contuve. Existe un límite sensible que no debe cruzarse, o podemos ofender al amigo. Esta escena sucedió en mi segunda visita, cuando ya Belkis había logrado, con la excusa de un madre enferma, escapar a Miami, y yo temía por la salud mental de Heberto, viviendo solo con su hijastra, una adolescente traumatizada por las tensiones políticas en su familia. Ya lo había zarandeado, meses atrás, en mi primer viaje a La Habana, con las opiniones de Semprún sobre su autocrítica.

Quando nos fuimos, amonesté a Heberto.

—Yo no entiendo cómo tú puedes continuar siendo amigo de estos personajes sin dignidad, como P.A., que ha sido un informante de la Seguridad del Estado desde sus tiempos en Londres. Son gentes capaces de actos rastros para defender su status de burócratas de la cultura— le dije.

Heberto hizo un gesto de cansancio.

—Tú no los entiendes... *Son cortesanos*. Muchos en la cultura lo son. Y *todos* estamos forzados a ser informantes, lo importante es el tono: si es en contra o a favor. Un informe puede tener matices negativos o positivos. Si lo obligan, estoy seguro que P.A. lo haría torciendo la tuerca a mi favor.

—*Cortesanos rastros en la Corte del Máximo Cabrón*— dije con ironía despectiva.

Heberto me miró con cansada tristeza.

-¿Por qué tanta intransigencia, Benigno?... Son
cortesianos, simplemente.

Como un Museo de la Alegría

En aquella lejana primavera de 1965, Madrid se transformó en una encrucijada de destinos cubanos. Por la ciudad pasaron tres inolvidables de la literatura cubana del siglo XX –Padilla, Virgilio y Calver Casey que llegó cuando los otros dos se habían marchado–. Padilla vino de primero, a fines de marzo o principios de abril, justo con el reverdecer de la primavera en el Retiro, a una cuadra de mi apartamento.

Vivía su mejor momento: cuando consolidaba sus dones de poeta y su lucidez crítica. Acababa de cumplir los 33 años en enero, exultante de lucidez y de vitalidad. Tres años después, *la línea de su vida se oscureció y se curvó*.

Yo sabía que Heberto había decidido vivir peligrosamente –no era fanático de Nietzsche, pero sí de su mandato: *tenemos que pensar, y tenemos que vivir y vivir peligrosamente*–. Se sentía como pez en el agua viajando de país en país, de ciudad en ciudad, de un idioma a otro idioma –podía “funcionar con un dialecto aceptable”, como decía él, en cinco idiomas–. Lo embriagaban la aventura de la Revolución y su protagonismo en la Historia.

Yo sabía que no era un militante, sino un espíritu inquieto y aventurero. Mencionaba con sorna burlona a los “*Nuevos Seminaristas*” —así llamaba a los vigilantes de la pureza revolucionaria del *Caimán Barbudo*, otra alusión más al carácter religioso que se vivía en Cuba—. Dos años después, Heberto tendría una dura polémica con los seminaristas del *Caimán Barbudo*; él defendiendo la genialidad de Guillermo Cabrera Infante, un exiliado, contra la mediocridad de Lisandro Otero, un novelista servil a la Revolución Fidel. Una polémica que agravó su ya precaria posición, casi un suicidio político, y en Cuba, eso significaba cárcel o exilio.

—*Yo preferiría suicidarme, a publicar una mediocridad como Pasión de Urbino*—, me diría unos años más tarde, cuando abordé el tema.

Pero volvamos a Madrid, dos años antes, donde Heberto exhibía su actitud desafiante, en aquel juego peligroso de ser “un poeta deslenguado”, como me dijo Belkis, en una ocasión, y la vez un funcionario de la Revolución. En Madrid, insistía en que yo lo acompañase a todas partes, aun a las reuniones semioficiales y oficiales de su misión. Y yo era un exiliado, lo cual me convertía automáticamente en un traidor, y en un acompañante inapropiado.

—Che, ¿seguro que no hay problema?

Padilla respondía con un gesto de soberana indiferencia. ¿Qué podía hacer yo? Si él, que se podía perjudicar, no tenía miedo, yo encantado.

Paradójicamente, venía acumulando poemas para un libro aún sin título *–Fuera del juego–*, mordazmente crítico de la Revolución y del Máximo Líder para los que él trabajaba (me dio a leer tres). De día, era un funcionario de la Revolución; de noche, un zapador con poemas críticos más explosivos que la bomba de un terrorista.

Cuando le pregunté cuál era su cargo oficial, soltó una carcajada divertida.

–¡Soy Gerente de Ultramar, para el comercio. ¿No te recuerda eso los títulos pomposos de los tiempos en que fuimos colonia de España?

Precisamente tenía órdenes de “priorizar” una misión personal del Comandante en Jefe: la edición de un libro de René Dumont, un agrónomo francés, de cuyas teorías el Comandante se había enamorado. Años después lo acusaría, como a todos los que caían en su desgracia, de agente de la CIA *–René Dumont le advirtió que la Zafra de los Diez Millones sería un fracaso rotundo, que dañaría la cosecha de arroz, la producción agrícola, etcétera. Y el Agricultor en Jefe, lo castigó, junto con otros críticos, por contradecirlo–*. Pero en 1965, en su voluntarismo infantil, quería que todos los agrónomos cubanos aplicaran las teorías de Dumont. Aquel fue otro de los tantos actos de magia con el cual Fidel, con sus delirantes fantasías, haría de Cuba un país rico y próspero.

Yo acompañé a Padilla al editorial técnico especializado en esos libros. Allí negoció con seriedad,

honestidad y simpatía. De ese modo las órdenes del *Agricultor en Jefe* se ejecutaron: 10 mil ejemplares, para convertir a su Isla –su finca, un millón de veces más grande que la de su padre, el terrateniente de Birán– en un vergel.

Padilla lucía radiante. Para empezar miró su viejo traje y dijo: “Tengo que sacudirme este chino de encima, y disfrazarme como un gerente”, y lo acompañé a comprarse un traje nuevo. En la tienda, un sastre eficiente se lo ajustó a su medida, frente a un alto espejo.

–¿Me queda bien el disfraz?– me preguntó.

–¡Como un Ministro, su excelencia!

Sin inmutarse me llevaba al Consulado cubano. Luego lo acompañé a una reunión semi oficial con un economista en un restaurant. Para nuestro asombro, el economista pidió una Coca-Cola, nosotros vino tinto. Cuando discutían de masa monetaria y de inflación, Heberto le agarró la Coca-Cola de la mesa, la levantó delante de las narices del economista y para ilustrar su punto, le dijo triunfalmente:

–En una economía planificada, como la cubana, podemos elegir cualquier producto de consumo masivo. Esta Coca-Cola, por ejemplo– y la alzó frente a la nariz del español–, y duplicarle el precio. De ese modo recogemos el exceso de circulante y limitamos su consumo.

El economista se quedó petrificado, no sé si por el sarcasmo, o por la propuesta. Yo tuve que hacer un

esfuerzo para no reírme, asombrado de las nociones rocambolescas de economía que Heberto había adquirido en el Ministerio de Comercio Exterior, en sus conversaciones nocturnas con el Ché Guevara y Alberto Mora, dos ideólogos de la utopía.

El fracaso y la ruina de Cuba se ejemplariza en ese hecho inverosímil: que *una máquina implacable de matar* –en sus propias palabras–, un guerrillero con más fracasos que éxitos, un ideólogo alucinado sin experiencia económica o empresarial, como el Ché Guevara, fuese Presidente del Banco Nacional de Cuba, Ministro de Industrias, etc., con su marxismo elemental, o más bien marxismo sentimental, porque nunca leyeron *El Capital* –el choteo cubano inventó lo de sacudirse los hombros con la mano y a la pregunta: *¿qué haces?*, se respondía: *Sacudirme las cenizas de las industrias del Ché* –como choteo a las industrias inoperables y obsoletas compradas por el Ché, en los países satélites del Este.

Hoy, tantos años después, me intrigan los peligros a que se exponía Padilla, reuniéndose con nosotros, *los apátridas*. Cualquier “seminarista” podría acusarlo de traidor, o al menos de irresponsabilidad política. Su amistad con Adrián García –a quién acusaron de agente de la CIA, y al final logró serlo de verdad– era aún más inquietante. ¿Por qué se arriesgaba? ¿Por el

afecto de la amistad? ¿O tal vez porque Adrián y yo representábamos, ante sus ojos de poeta, al errante, a los desgarrados de sus poemas, a esos saltimbanquis que vagan por el mundo sin patria pero sin amo, con quienes Heberto solía identificarse sentimentalmente?

Antes, Padilla había trabajado durante un tiempo ideológicamente esclarecedor en Moscú y viajado por la Europa del Este. Su visión del mundo comunista era sombría, y ahí están de testimonio sus poemas de entonces. Como la inmensa mayoría de los intelectuales, creía que el marxismo crecería inexorablemente hasta invadir el mundo, que la Historia avanzaba por etapas, que nada podría parar su desarrollo, y la última sería el comunismo. Sin embargo, ese futuro lo angustiaba.

Ya antes había estado en Madrid, pero solo de paso. En esta ocasión, permanecería varias semanas y quedaría embrujado por la ciudad, fascinado además por sus librerías —viajó también a Barcelona, a un intercambio comercial, y se reunió con Seix y Carlos Barral, un almuerzo al que yo asistí.

En las tascas disfrutábamos de un *chato* de vino y una deliciosa tapa por una peseta y media (más o menos 3 centavos). A él, que venía de los países grises adonde ya había llegado el Futuro del Hombre (*el comunismo es triste, pero abrigo* — solía decir), lo deslumbró la fanfarria, las caras jubilosas, el humor ácido, la alegría desbordante, con sus castizas voces gritonas y risotadas en las tascas madrileñas.

Recuerdo que levantó la mano en el aire, como un taumaturgo teatral, para paralizar a la ciudad en aquel momento del tiempo, y sentenció:

—A Madrid habría que dejarla intacta, al margen de la Historia. Conservarla para la humanidad como *un museo de la alegría*.

Pongan atención a “las palabras” de Heberto: *A Madrid habría que dejarla intacta al margen de la Historia. Conservarla como un museo...* ¿No reflejan la creencia de que el marxismo avanzaría inexorablemente? Vista desde el futuro, donde conocemos las falencias de “esa profecía científica”, nos asombra la candidez con que la mayoría de los intelectuales del mundo sustituyeron la teocracia judeo-cristiana de un Dios, que *nos creo a su imagen y semejanza*, por una teocracia materialista con un dios científico al que llamaron “la Historia”, cuyo profeta fue *Karl Marx*, el moro, ¿o el morón?

Sorpresas nos da la vida, ¿verdad?

Una relación peligrosa

Por supuesto, después de tres años sin vernos, yo me interesé por Berta y por sus hijas, y él contestó que estaban bien. De repente, el rostro de Heberto se enserió, como asaltado por un recuerdo inquietante. Entonces me confesó:

–Estoy metido en “una relación peligrosa”, con una muchacha de una belleza mediterránea que me ha impactado.

Habituado a su teatralidad, sonreí con ironía.

–¿Quién es ella?– le pregunté.

Me miró fijo:

–Tú la conoces.

Lo escuchaba intrigado. Pero no apareció en mi memoria la poetisa “mediterránea” a quién se refería, y cuyo belleza lo impactó. Le pregunté:

–¿Por qué “una relación peligrosa”?

El poeta se puso dramático. Recuerdo que habló de una conexión sublime, de sentirse magnetizado. Solía conquistarlas como trofeos, excitado por su voracidad pasional, mezclando frases poéticas. Nunca

le había escuchado ridiculeces románticas. Eso era nuevo. Por eso reí divertido y me burlé.

—¿A qué viene todo ese romanticismo? ¿Y por qué ella es peligrosa, acaso esa poetisa es una vampira chupa sangre?

Entonces, él confesó con gravedad:

—No, en serio— dijo— —Soy capaz de abandonarlo todo por esa muchacha....

Llegó Adrián y la conversación se interrumpió. Extrañamente no me dijo el nombre y yo no se lo pregunté —recordé vagamente una poetisa que conocí entre un grupo de poetas adolescentes—. Llegué a olvidar aquella conversación por años. En fin, no le di importancia a su historia. Además, yo tenía mis propias preocupaciones.

Sin embargo, Heberto no exageró.

Tiempo después, cuando se unió a Belkis Cuza Malé, creí que se había referido a ella. Olvidé incluso el adjetivo *mediterránea*, hasta que, un cuarto de siglo después, en sus memorias describió a Belkis con ese sobrio, pero acertado adjetivo.

Después Belkis me aclaró que no pudo ser ella, porque su relación con Heberto sucedió un año después (1966). Pero yo recuerdo como hoy aquella conversación. ¿Quién sabe? ¿Sería otra mujer? No creo. Quizá pudo ser una premonición que anuló el tiempo, anticipando lo que sucedería inevitablemente: el encuentro perfecto de dos almas destinadas a juntarse: Heberto y Belkis.

En estas semanas, cuando releía la poesía de Heberto, notaba la omnipresencia de Belkis en sus versos de amor y en su vida de poeta.

Con ella empezó y culminó el capítulo decisivo de mi juventud, escribió él.

Citemos un poema de Belkis: *“ellos navegan en una cama de velas blancas, mientras él canta y ella es un ruido más, un ola debajo de la cama... ninguno está seguro del otro, pero navegan, navegan con la isla por todos los mares del mundo.”*

Libido y poesía

Sucedió hace años, íbamos por una acera de La Habana, y una atractiva mujer casi tropieza con Heberto. Entonces, además de las disculpas de cortesía, intercambiaron de súbito unas sonrisas de interés mutuo. Nos alejamos, pero la mujer y Heberto voltearon las cabezas para mirarse por última vez. Un flirteo relampagueante inesperado, que le dio motivo a Heberto para una reflexión.

-Es fascinante esa conexión mágica que, a causa de la atracción sexual, nos une de repente a una mujer desconocida. ¿No es verdad?

-Eso pasa todo el tiempo- dije yo.

-Y no es un prodigio que con un simple cruce de miradas surja la atracción sexual y la complicidad- dijo y, cuando nos montamos en mi carro, sentenció: -El sexo es la fuerza más poderosa que gobierna nuestra vida.

-Estás muy freudiano hoy- le respondí.

-Freud dio en el clavo, en su origen; pero al extender y dogmatizar la idea, la corrompió, y terminó haciendo novelas de los sueños.

Estas fueron, más o menos, sus palabras. En fin, Heberto no era un mujeriego vulgar; más allá de la conquista de la hembra, reflexionaba sobre el pavor

existencial de convivir permanentemente con una criatura que es igual y diferente. Es la aventura más excitante que vivimos, y la más frustrante, amenazada cada día por las decepciones.

A Heberto lo fascinaba ese tanteo expectante de unión entre dos seres extraños, un hombre y una mujer, en la que el sexo funciona como catalizador.

—La unión total es una quimera, a lo sumo se logra ese animal con dos cabezas que son los buenos matrimonios. En las parejas, nadie está seguro del otro—dijo, finalmente.

Así de estimulante era la compañía de Heberto. Le extraía la sustancia a los actos más triviales, con razón o sin razón, y los enriquecía.

“El amor es excluyente”, solía decir.

Esta frase se la rebatí, dio para una disputa de media hora. Al final pactamos un empate.

Después de la teoría, vino la práctica.

Yo la tuve en mis brazos

Heberto me contó que había pasado una semana con Gabriel y Ada, un matrimonio amigo nuestro. Con el triunfo de la revolución, Gabriel ingresó en la diplomacia, había servido en la India, ahora destinado desde hacía un año en Helsinki.

—¿Y Ada, sigue tan bella?

Creo que Heberto esperaba la pregunta, levantó los dos brazos, embargado por un arrobó erótico, y abrazó el cuerpo invisible de Ada en el aire.

—¡Ah, yo la tuve en mis brazos!

—No puedo creerlo, ¿en serio?— dije con asombro.
—Ella está como para comérsela viva.

Ada tenía un cuerpo espectacular, torneada por los dioses de la lujuria. La codiciábamos a pesar de estar casada con un viejo amigo de Heberto, un compañero del bachillerato en Pinar del Río, ahora “un compañero diplomático” de la Revolución.

El día en que fuimos de visita a su apartamento en La Habana (1960), ella se sentó con una falda que permitía la visión de sus espléndidos muslos cruzados, recostada en el sofá. Un banquete para los ojos de Heberto y los míos. Ella nos miraba, y luego se miraba sus muslos, provocadora. De repente se puso de pie de un salto, descalza y sinuosa pasó como una

pantera frente a nuestros ojos. Padilla y yo tuvimos un cruce de miradas, pasmados por la belleza felina de esa hembra carnal, de piel tostada sedosa, cabellos castaños y ojos ámbar.

Y hoy, cinco años después, Padilla acariciaba su sabroso cuerpo en su memoria.

—Gabriel nos dejaba solos hasta la noche, porque allá los días son cortos en invierno. Yo me di cuenta de que ella me deseaba por la forma en que me miró una mañana cuando me dijo que se había pasado la noche dando vueltas en la cama, por mis ronquidos— me contó, presuntuoso.

Si algún lector piensa que Heberto fue un hombre sin escrúpulos capaz de enredarse con las esposas de sus amigos, está completamente equivocado. Yo doy constancia de que él nunca se propasó con las que se daban a respetar. Sucede que existen esposas que a simple vista percibimos que están desesperadas por un amante. Sus miradas y gestos son una invitación al adulterio.

—Ah, Benigno, *yo la tuve en mis brazos*— se jactó por segunda vez, casi un verso ya.

—Te lo creo, ya son docenas— bromeé. Confieso que sus conquistas me provocaban envidia y que, en ocasiones, imité su estilo.

Yo pensé en Gabriel, aquel escritor parsimonioso, comedido como un mayordomo, autor de relatos pastorales, terminó siendo “un soplón” de la Seguridad del Estado. Cuando vi su adoración sumisa por esa

bella hembra vigorosa, diez años más joven, pensé en un esclavo por amor. No me simpatizaba Gabriel, sus calculados modales ocultaban al hipócrita, sin embargo sentí compasión por aquel pobre cornudo, traicionado por su reina venerada.

–¡Pobre Gabriel– comenté. –¡Si se entera que su Ada se revolcó contigo en su cama, se muere!

A Padilla no le gustó mi compasión, la interpretó como una crítica por acostarse con la esposa de un amigo, y reaccionó desafiante:

–¿Me estás juzgando?

–¡Nooo, en lo más mínimo!– respondí. –Además, ¿qué mierda es ese encabronamiento de *juzgando*? Los amigos estamos para decirnos la verdad. Solo que Gabriel me da lástima, el pobre adora a Ada como a una virgen. Si llega a enterarse, se muere...

Padilla se encogió de hombros, y con gesto despectivo, dijo: –¡Tú no sabes la clase de oportunista en que se ha convertido! ¡Se lo merece!

–Yo siempre sospeché su duplicidad.

–Ada me dijo que le tenía cariño, pero que no le servía como marido.

–Todas lo dicen. A mí me lo dijo en Barquisimeto la esposa de un asturiano amigo mío. Era una rubia alta y fogosa. Habló mal de su marido para justificar su infidelidad. Lo cierto es que al asturiano le gustaban los burdeles y las putas lo adoraban.

De súbito, percibo al espíritu de Padilla espiando lo que escribo: “Se supone que mis aventuras íntimas,

no aparecieran en este libro”, oí su voz, y me disculpé:

–Tienes razón. Pero he sido discreto. Tranquilo, que aquí termina todo. Solo mencionaré a una más. Tu amante española en Londres, porque te pusiste un tanto ridículo, cuando proclamaste: *Me lancé contra los labios de mi raza*. Y, para colmo, lo escribiste en un verso. Con esa licencia poética convertiste una aventura trivial en la reconquista erótica de esa tierra que nos enseñaron a llamar “*la madre patria*.”

En sus *Memorias*, Heberto recordó que en Cuba, entonces con la mayoría de su población de hijos, nietos y bisnietos de inmigrantes españoles, nos educaron con el amor a España.

–¿Llevará la CIA un inventario de las amantes que tenemos?– me preguntaste intrigado a mediados de los '80 (otra muestra de la resaca de tu paranoia). – *Ellos saben si eres o no eres un mujeriego*.

Y yo te contesté burlón.

–¡Por supuesto! Y los espías de Fidel, también. Te fotografían desnudo en las camas de los hoteles de paso, para chantajearte si es necesario... Mucho cuidado, pues. Escóndete bajo las sábanas.

Entonces nos reímos de este perro mundo. Y yo te pregunté sonriente:

–¿Es la vida un sueño, o una pesadilla?

–Depende, depende– dijiste.

“Fuiste el seductor que las atacabas con un torren-

te de ardientes insinuaciones y hasta pellizcos –hoy en día serías acusado de *harassment*: ellas ya no quieren más machos ni patriarcas, sino varones respetuosos y obedientes; un matriarcado mundial donde reinen la ternura, los valores y satisfacciones femeninas.”

“¿Por qué no admitirlo? Nos gusta hacerlas gemir de placer y que ellas se mueran en nuestros brazos. Son nuestros instintos primitivos, sanos y viriles. ¿Qué tienen de malo? Pero tú no saliste indemne de tantos combates, se te reventó el corazón gozando y sufriendo tu vida aventurera de poeta.

–Al doblar de la página, la vida nos pasa factura–, añadí, entonces.

–Está bien, hasta aquí es suficiente...

–Ya borre las otras, tranquilo, ¿también quieres que borre tus propios poemas? Porque tú mismo lo proclamas en “La sombrilla nuclear”... / *Ese hombre que fornicaba desesperadamente en hoteles de paso... / Ese desconcertado que se frota las manos, / ese charlatán sarcástico y a menudo sombrío / solo como un profeta / por supuesto soy yo.*

–¿Recuerdas aquel otro verso donde cantabas alabanzas a sus gloriosos cuerpos de hembras? Al final del poema, tú lo proclamas: “*Vulvas y muslos inmortales!*”

–¿Quieres que lo borre?”

–No, esas son mis palabras.

Morir con las botas puestas

Se lo dijo Martha:

–*Tienes que morir con las botas puestas.*

Sucedió en el año 2,000, unas pocas semanas antes de que el poeta Padilla falleciera.

Martha Padilla era la hermana mayor (tres años) de Heberto; *cubana, antigua, marginal, poeta, criatura sin otra criatura, ¿y qué?*, dice en unos versos con un desparpajo retador semejante a los de su famoso hermano. Martha, de fluida e ingeniosa conversación, era una excelente poetisa desde su adolescencia. Es probable que, *Las rosas audaces*, el libro de poemas que Heberto publicó a los 16 años, fuese influido, incluso inspirado por la poesía de su hermana. Con los años sucedería lo contrario: él influiría de manera decisiva en la poesía de Martha.

A fines del siglo pasado, Martha vivía con una hija, en un pequeño apartamento en Kendall, Miami. Heberto la visitaba siempre que venía a la ciudad. Ambos hermanos compartían la pasión por la poesía y un parecido familiar notable en sus rasgos.

Heberto sentía devoción por su hermana mayor, la poetisa, y viceversa. Como el apartamento era pe-

queño, Martha no podía ofrecerle una habitación, aún así en ocasiones se quedaba a dormir. No sé si mi memoria lo imagina: conversaba en el *living room* de su apartamento con Martha, cuando ella me señaló el sofá cama donde Heberto se quedaba a dormir en casos de emergencia.

–Ahí dormía él, roncando horriblemente– dijo, y los dos sonreíamos, recordando al gran roncador (hasta en el calabozo a los guardias les molestaba que tú roncaras y hablaras dormido).

Martha amaba y admiraba a su hermano, y esto se reflejaba en el tierno orgullo cuando hablaba de él, o recordaba alguna anécdota. En aquella ocasión dijo esa frase lapidaria, que se quedó grabada en mi mente, como el mandato orgulloso de su hermana mayor al poeta. Ella lo recordó evidentemente conmovida, pero sin sentimentalismo, con el firme orgullo de su estirpe Padilla.

–Yo se lo dije bien claro: “¡Tienes que morir con las botas puestas!”

Nunca olvidé el mandato, alusivo al honor de un militar. En esta era de los celulares y el internet, *morir con las botas puestas* suena ridículo. Pero las viejas metáforas resisten a la evolución del tiempo. Podemos rebatir su validez, pero no su valor como metáfora. Martha la usó en el sentido de que su hermano debía vivir hasta el último día con el valor y la audacia del poeta que desafió el Credo y retó el poder de un Tirano.

Como en su *"Canción del Juglar"*... *General hay un combate / entre sus órdenes y mis canciones /.... General, yo no puedo destruir sus tanques / ni sé qué tiempo durará esta guerra / pero cada noche alguna de sus órdenes muere / sin ser cumplida / y queda invicta algunas de mis canciones.*

Por otro lado revelaba que aquel verano del año 2000, Martha percibió en Heberto, como después lo percibiría Belkis, y antes lo percibí yo: que la hora de su muerte (*su hora entre todas las horas*) lo esperaba al doblar de la página.

Después de su segundo infarto al corazón en New Jersey, del que se salvara milagrosamente –su última compañera se regresó casualmente al apartamento a tiempo para llamar al 911–, Heberto quedó con su vida colgando de un hilo.

Sobrevivió al infarto, pero quedó tan deteriorado que se había convertido en un anciano tembloroso. Su rostro envejeció dramáticamente, sus mejillas le colgaban en pliegues, dándole el aspecto patético de un poeta demacrado. Yo vi cómo le tembló la mano tratando, con suma dificultad, de meter su llave en el hueco de la cerradura de la puerta.

Unos días antes, mi esposa y yo lo fuimos a buscar para llevarlo a almorzar. Cuando Heberto salió de la casa y fue a bajar los dos peldaños a la calle, se tambaleó ligeramente.

Apenada de verlo debilitado, y temiendo que se cayera, Neisy lo tomó del brazo. Aquel gesto de compasión instintivo, hizo que Heberto le dirigiera la fría mirada de un hombre ofendido al ser tratado como un minusválido. Yo lancé una mirada de advertencia a mi esposa, quien no se dio cuenta que, con su gesto compasivo, hería la vanidad machista de Heberto. Sin embargo, él endulzó lentamente su rostro, y le dijo a Neisy, simplemente:

-Gracias.

En aquellas semanas, lo noté tan exhausto que yo pensaba: "Alguien en su familia debería cuidarlo en la casa, protegerlo durante unos meses o un año, a ver si con reposo recupera sus fuerzas".

Sin embargo, yo era pesimista. Aun en el caso que hubiese un familiar dispuesto a sacrificar su vida, lo difícil sería que nuestro inquieto e independiente poeta, aceptase una vida de reposo.

Sé que sus hijas se ocupaban de él. Creo que fue María quien le consiguió el apartamento en aquel edificio de viejos retirados: una habitación anónima, pero limpia y ordenada, desnuda de fotos, de libros y de recuerdos, impersonal en su soledad, adonde lo fui a buscar en tres o cuatro ocasiones.

"El tanatorio", lo llamó Heberto. Y, como de costumbre, eligió el sustantivo apropiado.

¿Por qué ahora?

Heberto nunca pudo ser un padre dedicado. La intensidad, las tensiones de su dramática vida se lo impidieron. Sin embargo, siempre fue muy cariñoso, festivo, genial con sus hijos, y Berta les enseñaba a ellos a amar a su padre. Cuando a Heberto le pagaron en España los derechos de autor por su novela y sus memorias, fue generoso: les dio dinero a sus hijas Giselle y María para que viajaran a Europa, o para alquilar un apartamento en Madrid, y a su hijo Carlos para un auto.

–Deberías haber comprado una casita. No todos los días cae dinero del cielo– le dije.

–Es una deuda que tenía con mis hijas. Yo nunca pude darles casi nada.

Lo entendía. Y lo aprobé con mi silencio.

Por años, cuando comprendió que no podría sobrevivir con los derechos de autor de sus libros y de los artículos en los periódicos, aspiró entonces a una cátedra de literatura en una universidad –recordemos que en su primera estancia en USA, se había ganado la vida como profesor de castellano en la Berlitz, pero ahora era un poeta y autor famoso, premiado y traducido a numerosos idiomas, que había dado “lecturas” en universidades.

Esa sería la solución económica ideal.

—Esos puestos existen. Pagan noventa, y cien mil dólares al año. Yo tendría tiempo para escribir, viajar en las vacaciones, incluso dan un año sabático—, me decía Heberto, tratando de persuadirme que él no soñaba, que era una realidad real.

Luego de meses esperando sin recibir una oferta de ninguna universidad, yo lo escuchaba apenado, y trataba de ser optimista:

—¡Te lo darán, estoy seguro! ¿Qué universidad no estaría orgullosa de tener un poeta famoso como tú en su plantilla de profesores? ¿Quién carajo podría ser mejor profesor de literatura que tú?

Yo le daba ánimos, pero los años pasaron y, excepto por una ayuda de *Woodrow Wilson Fellowship*, recién llegado Padilla al exilio, que le permitió revisar y terminar su novela *En mi jardín pastan los héroes*, y una que otra “lecturas” esporádicas en universidades (New York, Columbus y alguna otra), nunca le propusieron contratarlo como profesor permanente. No solo me extrañaba que no llamaran a Heberto, sentía pena, frustración y rabia. Llegué a dudar si no sería de verdad una conjura de la izquierda, como sospechaban Belkis y Heberto.

Soy un escéptico, descreo de esos que ven conspiraciones por todas partes. Quizá pecho de ingenuidad. Sin embargo ¿cómo no sospechar, como creían Belkis y Heberto, una conjura de la izquierda académica dominante en las universidades? Se saben los

lazos de amistad de los académicos y universidades americanas con sus colegas cubanos. Es un mundo académico interconectado donde circulan los rumores de una a otra universidad. ¿Cómo evitar entonces que el asediado espíritu del poeta, o la atormentada Belkis, sufrieran de paranoia, no del conocido delirio persecutorio creado por una mente enferma, sino el sustentado sobre los hechos reales?

No solo Padilla, muchos otros escritores en el exilio continuaron siendo perseguidos por la izquierda internacional y por el brazo implacable de la policía política cubana –por no mencionar las ejecuciones de exiliados por los tenebrosos agentes de la KGB, en Inglaterra, por ejemplo–. Expulsados de su país y de la ciudad, donde su adolescencia fue quemada por el amor, el sexo y la amistad, continuaron por décadas perseguidos y vigilados. Algunos enfermaron de paranoia, como Guillermo Cabrera Infante, en Londres, hasta el punto que para curarlo de su locura hubo que usar tratamientos de electroshock.

Y años después, César Leante –a él le retuvieron a su esposa y a sus dos hijos como rehenes en Cuba, durante ocho años, como castigo por pedir asilo en el aeropuerto de Madrid– padeció de paranoia en su vejez. Digamos que esa enfermedad es la secuela normal de quienes han vivido y respirado aquella atmósfera venenosa de fanatismo político, de espionajes y castigos crueles.

Heberto, pues, vivió durante años colgando en el aire, arañando por aquí y por allá. Lo recuerdo a mediados de los ochenta en Miami, en una humilde casita, en Westchester, entre la calle 8 y Coral Way. O años después en Miami Lakes, donde el patio trasero daba a un canal o un lago. Y a Belkis enviando incansablemente el currículum del poeta a los departamentos de literatura de las universidades, ofreciendo sus servicios. Esperaron inútilmente años a que les respondieran, a semejanza de la novela *El poeta no tiene quien le escriba*.

En dos ocasiones hicieron solicitudes y gestiones con amigos, por una plaza de profesor en la Universidad de Miami, pero más allá de una conferencia ocasional, la *Universidad de Miami* siempre ignoró a Padilla en vida. No quiso abrirle la puerta. Sin embargo, la UM fue la primera universidad en darle un homenaje después de su muerte. Paradojas cínicas de lo político correcto, y el oportunismo del mundo académico norteamericano.

—¡Malditos hipócritas!— gritó Belkis.

Las penurias del poeta

Para que comprendan las penurias económicas del poeta, voy a contar una sorpresiva llamada suya desde Princeton, que jamás pensé contar. Oí la voz apagada e inconfundible de Heberto –siempre que hablaba por teléfono, lo hacía en susurros–. Me dijo: “yo no puedo soportarlo más”, y que lo obsesionaba un pomo con pastillas verdes: “pienso en ellas constantemente, no puedo borrarlas de mi mente, me estoy muriendo de la vergüenza y la angustia”.

Alarmado por el sombrío tono de su voz –de súbito recordé que las pastillas de librium son verdes–, traté de calmarlo: “Déjate de pendejadas, todos tenemos una hora mala. ¿Cómo puedo ayudarte?”

Me mencionó una suma sin importancia. Si hoy lo cuento es para ilustrar las penurias económicas que sufrió Padilla, y revelar que, probablemente, en más de una ocasión, sí pensó en el suicidio (¿quién no lo ha considerado, al menos, una vez en su vida, como la solución final?).

Recuerdo que para su gran amigo Adrián García Hernández el suicidio fue un tema constante en sus conversaciones. Adrián lo abordaba con risas, casi

como antídoto, porque al banalizarlo, lo anulaba (finalmente, se pegaría un tiro, pero no se murió esa vez; chapucero que era).

A comienzos del verano del 2000, después de veinte años de exilio dando tumbos, aquí y allá, en trabajos ocasionales, al fin se dio el milagro tan ansiado y esperado: a Padilla lo llamaron de la Universidad de *Auburn*, en Alabama, donde los directores del Departamento de Literatura, le ofrecieron el tan soñado contrato que le garantizaría una seguridad económica por años.

Por un momento, él respiró ese oxígeno.

“Me trataron con mucho afecto y respeto, son admiradores de mi poesía”, me dijo, complacido y aún incrédulo, pero visiblemente agotado. Después me habló de “una bella y hospitalaria muchacha con la que había hecho amistad” en esa Universidad, ella muy interesada por su poesía y su persona; y el rostro de Heberto se endulzó.

Yo bromeé: “¿Y piensas meterla en tu cama?”.

Heberto se encogió de hombros, como si fuese una lujosa posibilidad. Yo no pude menos que sonreír: *Genio y figura hasta la sepultura*, pensé. Si se encuentra tan debilitado que le cuesta trabajo meter la llave en el hueco de la cerradura, ¿cómo podría hacerle el amor a esa muchacha?

“Esta vez, no será la muchacha la que muera en sus brazos. Será al revés”, pensé.

—Esto hay que celebrarlo— le dije.

Heberto fijó en mí una mirada extraña, tras sus lentes y, con incredulidad melancólica ante su tardía y ya inesperada fortuna, me interrogó:

—¿Por qué ahora?

Entendí de inmediato la razón de su melancolía. Confieso que se empañaron mis ojos, (se empañan hoy también). No podía estar más claro. El ansiado contrato por el que había esperado durante tantos años, llegó con demasiado retraso a su vida. El tren Padilla ya había partido. Sin lamentos, sabía que iba a morir, sabía que a lo sumo le quedaban meses, o quizás semanas. La muerte lo rondaba y su pregunta se erigió en un enigma desolador, que un charlatán como yo no se atrevió a responder, ni siquiera con una mentira piadosa.

“¿Por qué ahora?”

También lo supo Belkis, inmediatamente que lo vio entrar en su casa. A fines de julio o a principios de agosto, Heberto había viajado desde Miami, a Fort Worth, Texas, en lo que sería su despedida última a su ex esposa. Nadie en su familia, ni ninguno de sus amigos, lo volvería a ver con vida.

A principios de agosto, llamé a Belkis por teléfono, con la intención de hablar o saber de la salud de mi amigo. La agarré en un mal momento, visiblemente conmocionada por la corta visita y la partida de Heberto el día anterior. Su voz sonaba al borde del llanto, casi histérica.

-Se está muriendo... ¡Yo le pedí que se quedara conmigo, que yo lo cuidaría!... ¡Pero si se ha convertido en un anciano!- gritó, y, sin parar, continuó:

-Yo se lo advertí: ¡Te vas a morir solo como un perro!- gritó, con esa voz de llanto (imaginé lágrimas en sus hermosos ojos negros).

En su angustia, en su impotencia, le lanzó ese grito de advertencia, insultante:

-¡Vas a morir solo como un perro!

En una ocasión, Heberto disputó la validez de denostar del vínculo de lealtad, de la agitada alegría de saltos, raboteo y ladridos con que un perro demuestra el gran afecto que siente por su dueño; consideran que esa lealtad y ese amor servil de un perro por su dueño son impropios de la dignidad humana, lo juzgan igual al vínculo de sumisión masoquista de un esclavo con su amo.

A su modo de ver, era un error juzgar a un perro con el mismo canon ético de un humano. Lo que une al perro con su dueño es un vínculo instintivo afectivo primario hacia el hombre, mujer o niño que lo crió, lo alimentó, o lo acogió con cariño en su hogar, como compañía o un miembro más de la familia.

-¡Morir solo como un perro!

Palabras aterradoras, gritadas desde la desesperación por la ex esposa, la poetisa, esa apasionada compañera, su cómplice de los años más fecundos y trágicos de su agitada vida.

La última de las soledades esperaba al poeta, en Auburn, Alabama. Y, para el inventario de sus futuros biógrafos, doy testimonio del gesto generoso de su ex esposa Belkis (ellos se separaron en 1995, por razones que no vienen al caso). Cuando Belkis lo vio debilitado y mortalmente enfermo, se ofreció para darle cobijo y cuidar de él.

Yo *sabía* que Padilla no lo aceptaría. Probablemente, ella también *lo sabía*; pero la oferta le salió del corazón, como salía del corazón esa voz angustiada ante la certidumbre de que Heberto se encaminaba hacia su muerte, y sentía la impotencia desesperada de no poder hacer nada.

Él no aceptó, dispuesto a enfrentar su destino, tal cual lo conminara su hermana Martha:

Tienes que morir con las botas puestas.

Repito: Belkis vio horripilada lo que Martha vio antes, lo mismo que vi yo: que a Heberto la muerte vendría pronto a visitarlo, tal cual la presintiera él en su poema *La hora*.

Mi hora vendrá...echará su elemento / entre mis ojos raros / y no sentiré el peso / como si me tocara / un ala en pleno vuelo... / Pero sé que vendrá / Lo mismo que una madre / se sentará a mi lado / ciñéndose la falda con la mano huesuda / el seno breve / se agitará de prisa para decirme: Todos los trenes que esperabas / se retrasaron tanto / niño mío..."

Tal cual lo auguró, así vino su hora.

“¿Por qué ahora?”, me preguntó él.

Y simplemente no existía una respuesta. La vida y la muerte nos suceden. Excepto por los genes que heredamos, que prefiguran nuestros dones y nuestras enfermedades, somos los arquitectos de todo lo que nos ocurre. Como en su poema *La hora*, la muerte vino, se inclinó maternalmente sobre él, y con un silbido mágico semejante al canto de una calandria, le susurró al oído: *....todos los trenes que esperabas, se retrasaron tanto, niño mío.*

Heberto partió de este mundo en la nave de la Eternidad. Murió con el corazón quebrantado por una quemante lucidez, sus fuerzas consumidas por los excesos de sus pasiones poéticas y carnales.

Su poesía fue más directa que un objeto. Bebió a sorbos su vino. Pasó cantando por la vida.

Enemigo obstinado de la soberbia, de la misantropía, de la engañosa beatitud y todos los desbordamientos equívocos o sobrenaturales.

Fue el bufón que no hizo reír.

Su cabeza flota ahora en mar de la inmortalidad, al igual que *flotan las boyas en las olas más altas y el mar no las sepulta.*

Como las cabezas encrespadas de Homero, de Marcial, de Cátulo, de todos los poetas, que siguen flotando insumergibles, en el mar de islas.

POSDATA

¿Qué es un poeta?

Existía, además, esta inquietante cuestión con mil respuestas: ¿Qué es un poeta? ¿Cuál es su deber? Jorge Luis Borges dijo: *Dos deberes tiene todo verso: comunicar un hecho preciso y tocarnos físicamente, como la cercanía del mar.* Fidel Castro predicó que su deber era cantar alabanzas a su Revolución. Federico García Lorca juraría que *la poesía no tiene deberes, sino amantes.*

Padilla dijo: *Yo no tengo, ni he tenido una poética, esa especie de dogma en miniatura con que cada poeta abre diariamente los ojos al mundo; pero esa poesía que se adhiere tan intensamente a la vida, que mezcla sin pudores la tribulación y la esperanza, que de algún modo abarca al mundo entero con sus ciudades, sus melancolías, a mí siempre me ha parecido gloriosa.*

Padilla negó tener una poética, pero recomendó a los jóvenes, por encima de las amenazas, peligros y dificultades, a decir su verdad.

Poética

*Di la verdad,
di, al menos, tu verdad
y después
deja que cualquier cosa ocurra:
que te rompan la página querida,
que te tumben a pedradas la puerta,
que la gente
se amontone delante de tu cuerpo
como si fueras
un prodigio o un muerto.*